

19934

J. LOPEZ PINILLOS  
(PARMENO)

# LOS SENDEROS DEL MAL



RENACIMIENTO  
MADRID



## LOS SENDEROS DEL MAL

Esta obra es propiedad de su autor.

Los representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

---

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norwège et la Hollande.

---

Queda hecho el depósito que marca la ley.

J. LÓPEZ PINILLOS

(PARMENO)



# LOS SENDEROS DEL MAL

Comedia en tres actos, estrenada en el TEATRO DE LARA el 30 de Marzo de 1918.



COPYRIGHT BY J. LÓPEZ PINILLOS, 1918.

RENACIMIENTO

SAN MARCOS, 42

MADRID

1918

# OBRAS DE J. LÓPEZ PINILLOS

(PARMENO)

## NOVELA

*La sangre de Cristo.*

*Doña Mesalina.*

*Las águilas.*

*Frente al mar.*

*Ojo por ojo...*

*Cintas Rojas.*

*El Luchador.*

## TEATRO

*El vencedor de si mismo.* (Drama.)

*Hacia la dicha.* (Comedia.)

*El burro de carga.* (Comedia.)

*La casta.* (Comedia.)

*El pantano.* (Drama.)

*Nuestro enemigo.* (Drama.)

*La otra vida.* (Drama.)

*A tiro limpio.* (Comedia.)

*Los senderos del mal.* (Comedia.)

## PERIODISMO

*Hombres, hombrecillos y animales.*

*Lo que confiesan los toreros.—Pesetas, palmadas, cogidas y palos.*

## EN PRENSA

*Los favoritos de la multitud.—Cómo se conquista la notoriedad.*

A DON EDUARDO YAÑEZ





## REPARTO

### PERSONAJES

### ACTORES

NINA (24 años).....	Mercedes Pérez de Vargas.
DOÑA PURA (50 años)....	Virginia Alverá.
FAUSTA (26 años).....	Eugenia Illescas.
FERNANDO (30 años)..	Francisco Fuentes (hijo).
DON MARTÍN (60 años)....	Emilio Thuillier.
CORBACHO (33 años)....	José Isbert.
ALFONSO (30 años).....	Luis Manrique.
BERNAL (28 años).....	Miguel Gómez.
SANTOS (60 años)....	José Mora.

La acción, en Madrid.



## ACTO PRIMERO

Salón estilo Imperio en casa de Don Martín. Los muebles, tapizados de seda escarlata, denuncian con el brillo crudo de los dorados lo reciente de su restauración. En los muros, cubiertos de seda purpúrea, hay un par de copias de David. Una vitrina guarda relojes, medallones, tabaqueras y abanicos de la época napoleónica. En la estancia todo es rojo, encendido o apagado, y oro desvanecido o reluciente. Por la izquierda métese la luz de un balcón, y en la derecha arde una chimenea. La única puerta de la habitación se abre al fondo y permite ver una salita pobremente amueblada.

DON MARTÍN, *repantigado en una butaca, junto al fuego, deletrea perezosamente un periódico. Es un sesentón fuerte, ancho de quijadas, con los ojuelos hundidos y brillantes y la boca voluntariosa. Tiene los bigotes como las alas de un mirlo, y se cubre el cráneo con una peluca más negra que la endrina. Viste un traje de buen corte, pero algo usado. FAUSTA, una doncellita muy gentil, que luce, sobre el vestido oscuro, un delantal como la espuma, entra y quédase junto a la puerta.*

FAUSTA

*Con timidez.*

Señor...

DON MARTÍN

*Sin alzar los ojos.*

Ya he advertido que hoy no se ven los muebles.

FAUSTA

Es que le busca un criado del Club.

DON MARTÍN

*Con viveza.*

¿Será Santos? Que pase.

*Se retira Fausta y momentos después entra SANTOS. Es un vejete pequeñín, con una calva enorme, una camisa muy limpia y unas botas muy lustradas. Lo demás de su menuda persona, incluso el rostro mortecino, carece de importancia. Lleva una americana raída, que deja ver el chaleco verde aceituna con botones dorados que usa la servidumbre del Club; los pantalones son de la misma tela que el chaleco, y en la gorra, también verde aceituna, destacan una C y una M de metal blanquecino sobre la visera charolada.*

SANTOS

Buenos días.

DON MARTÍN

Hola, Santos. Acércate, hombre.

SANTOS

*Aproximándose a Don Martín.*

Con el permiso del señor. ¿Cómo está el señor desde anoche?

DON MARTÍN

Unas horas más viejo; pero magnífico, Santos. Como un león que soy. ¿A qué vienes por aquí?

SANTOS

*Con una cortedad que da la medida de su respeto.*

Bien sabe Dios que me hubiera quedado sin el sueldo de un mes por no venir... Y muy conforme... Sino que, como nadie "iznora" que me distingue el señor...

DON MARTÍN

*Presintiendo algo desagradable.*

Huy, huy, Santos... ¿Lo de los recibos otra vez? Supongo que no los traerás.

SANTOS

Ya sé que no los va a pagar el señor; pero como me "esigieron" que los trajera, y como no pesan mucho... Abultar... sí abultan.

*Saca un paquete muy grande.*

DON MARTÍN

*Asombrado.*

¡Caray! ¿Todos son míos?

SANTOS

Todos. Hay ciento ochenta. Los recibos de quince años.

DON MARTÍN

*Con súbita indignación.*

¡Ciento ochenta! ¿Y se han imaginado esos imbéciles que me los van a cobrar?

SANTOS

*Mefistofélico.*

Yo creo que no. "Me se" figura que lo que desean es... vamos... quemarle y avergonzarle.

DON MARTÍN

Pero, ¿están locos? ¿Quién se avergonzaría en mi pellejo? Cien veces he dicho que fundé el Club, con unos cuantos camaradas, para divertirme; que soy el socio más antiguo; que represento la época más gloriosa de la casa, y que, si hubiese decoro en el mundo, el Club, en vez de pedirme dinero, me lo daría. ¡Asco siente uno al oír ciertas impertinencias!

SANTOS

*Convencido.*

¡Sí que es verdá. *Con timidez.* Pero, en fin, si el señor quisiera...

DON MARTÍN

*Con severidad.*

¿Te atreves a pedirme que pague? ¡Tú también!

SANTOS

*Precipitadamente.*

¡No, no...! ¡“En” jamás, Don Martín...! *Con astucia diplomática.* Ahora, que si en lo otro se “diznara” el señor hacerle caso a la Junta... Los señores de la “direztiva” quieren... vamos... “esigen” de buena manera, que... que... No me atrevo, señor.

DON MARTÍN

¿Tan gordo es lo que exigen? *Con desdén.*  
Habla.

SANTOS

“Esigen”... que el señor se quite del vicio.

DON MARTÍN

*Entre sulfurado y burlón.*

¿De qué vicio?

SANTOS

Del de fumar.



DON MARTÍN

*Pasmado.*

¿He oído bien? ¿Hay, efectivamente, unos idiotas capaces de insultarme con tan ridícula petición?

SANTOS

*Después de una pausa.*

Dicen que cada "timestre" hay que forrar las mesas de la sala de recreos, porque el señor con los cigarrillos quema los paños, y añaden que el señor quema también las butacas.

DON MARTÍN

¿Y cuántos miles de mesas y butacas podría comprar el Club con los millones que me he dejado en él?... Que esos señores no sean cursis, y que no se fijen en menudencias. ¡Pues estaría bien que me ahumase yo los dedos por no quemar una butaquita o un paño...!

SANTOS

*Con pena.*

Es que los "direztivos" creen que el señor le falta al respeto al Club con... con su "conduzta".

## DON MARTÍN

¿Y no le falta el Club al respeto que se merece su fundador, teniéndole en la miseria...? Porque esa es la verdad, Santos. Qué, ¿te fijas en el salón? De Rubianes el mueblista. Soy un chalán de Rubianes, que me paga bien. Traigo a mis amigos y a mis conocidos, les conmuevo contándoles un apuro que me obliga a vender lo mejor de mi casa, y así coloco las mercancías de mi protector. Que sepan esto los señores de la directiva, y que se enteren también de que seguiré no pagando los recibos y quemando lo que me plazca, si no honran al Club señalándome una pensión.

## SANTOS

*Lleno de admiración.*

Sí que es una "repuestita" que les va a helar.

## DON MARTÍN

*Dejando un cigarrillo, que acaba de encender, en un brazo de la butaca.*

Toma, para que la repitas sin miedo.

*Le da un duro.*

SANTOS

*Con canina gratitud.*

El señor siempre tan rumboso. *Por el pitillo.* Pero tenga cuidado el señor, que va a quemar el mueble.

DON MARTÍN

*Quitando el pitillo con rapidez.*

¡Pícara costumbre...! En cuanto se me olvida que estoy en casa...

SANTOS

¿Desea algo el señor?

DON MARTÍN

Nada. Hasta luego.

SANTOS

A las órdenes del señor.

*Saluda con respeto, y se marcha.*

DON MARTÍN

¡Qué mentecatos!

*Entran NINA y DOÑA PURA. Nina es una mujer con el gesto alocado, la expresión pueril y los movi-*

*mientos de pajarillo. Viste con sencillez y elegancia. Doña Pura es la misma mujer elegante, alocada, pueril y con movimientos de pájaro, sino que en ella, ultrajada por la vejez, inspira risa lo que en su pimpollo despierta admiración.*

NINA

¿Papá...?

DON MARTÍN

Aquí estoy, tesoro. *Acariciándola.* ¿Qué madrugón ha sido este?

NINA

*Alegremente.*

Es que ahora empezarán las prisas. Lo único terminado es la ropa interior, y me voy a ver negra.

DON MARTÍN

*Sonriente, pero un poco alarmado.*

Con tal de que yo no me vea negro...

NINA

¡Pero papá...! Fernando está seguro de que su madre le enviará lo preciso.

DON MARTÍN

Sin embargo, prudencia, porque puedes no casarte. Y si ganara yo para vegetar... Pero, aun vendiendo cada tres meses un salón, ¿sacaría más de ocho o diez mil reales? Y con ciento cincuenta duros al mes, Pura de mi alma, ¿quieres decirme qué haríamos nosotros?

DOÑA PURA

Morirnos de hambre y de vergüenza.

DON MARTÍN

Si tropezara con algún negocio bueno...

NINA

¿Más bueno que el de colocar a tu Nina...? Fernando es un gran partido.

DON MARTÍN

Gran partido para la hija de un caballero que heredó veinte millones, no. Pero, en fin, tu novio, que ya disfruta de verdadera fama, tendrá uno de los mejores bufetes de Madrid. Así es que sólo me preocupan las dificultades del momento.

NINA

Pues que no te preocupen. Tan segura estoy yo de la boda, que... *Riéndose.* No, no te lo digo. Te vas a asustar.

DOÑA PURA

*Dulcemente.*

¿De sacrificarse pagándole unos trapajos a su mujer, y consintiendo que, por unos días, no salgamos como la familia de un escribiente...? Hemos de ir a muchos sitios; este Madrid es un horror lo que se agranda...

DON MARTÍN

¿Qué dices, Pura? ¿Otra vez el automóvil? ¿Cómo vendo yo muebles teniendo automóvil? ¿No comprendéis que es absurdo?

NINA

*Abrazándole.*

No seas gruñón. ¡Si todo lo costeará mi marido!

FAUSTA

*Desde la puerta, conteniendo la risa.*

El señorito Fernando.

NINA

*Corriendo hacia la puerta.*

Fernando, Fernando... A Fausta. Pero, ¿de qué te ríes?

FAUSTA

*Ruborizándose.*

De nada. De que el señorito...

FERNANDO

*Dentro.*

No me atrevo a entrar...

*Nina se asoma a la puerta y, al ver a su novio, suelta una carcajada.*

NINA

¡Ay, cómo estás...! ¡Ay, cómo estás...!

*Entra FERNANDO. Es un caballero gordinflón, narigudo y cargadillo de espaldas. Lleva mal una buena ropa, calza unos zapatos con dos dedos de suela, y humilla a un chaleco gris, verdaderamente elegante, con una corbata que es un arco iris.*

DOÑA PURA

*Rompiendo a reír.*

Pero ¿quién es este señor?

DON MARTÍN

*Imitándola.*

¿Es don Fernando Urbina, o un primo suyo?

FERNANDO

*A su novia.*

¿No te lo decía...? Y en el bufete, igual...  
¿Para esto me has hecho afeitarme?

NINA

*Sin dejar de reir.*

¡Pero si pareces otro!

FERNANDO

*Conteniendo la risa.*

¡Muy agradable! ¡Para triunfar así, mi personal!  
¡Probado!

NINA

¡No! ¡Pobrecito! Es la sorpresa, el primer momento... Y ya pasó. Te juro que estás mucho mejor sin la barba.



FERNANDO

¿De verdad, de verdad...? ¿No lo dices para consolarme? Porque yo me he encontrado espantoso, con más nariz, con doble papada... digno de un premio de fealdad. Por eso he procurado embellecerme un poquitín. ¿No lo notas? *Viendo que la muchacha le examina, perpleja.* ¡Válgame Dios, mujer! El chaleco. Me figuro que merece un elogio.

NINA

*Con precipitación.*

¡Ah, sí! Es lindísimo.

FERNANDO

Como que lo elegiste tú.

NINA

Lástima que lo echas a perder con la corbata.

FERNANDO

*Disimulando su contrariedad.*

¿Sí? ¡Por vida de la corbata!

NINA

*Riéndole como a un niño.*

Vamos a ver. ¿Para qué te sirven los ojos? ¿Para estudiar pleitos nada más? ¿No has caído en que esa seda tiene mucho rojo y mucho anaranjado...? *Riéndose.* Es una nota de color demasiado atrevida, y la debes suprimir.

*Se ríen todos.*

FAUSTA

*Desde la puerta.*

Señorito, pregunta por usted su escribiente Bernal.

FERNANDO

*Con sorpresa.*

¿Bernal? ¿Ocurrirá algo?

NINA

Recíbele.

FERNANDO

*Muy serio.*

Te va a molestar. Porque te advierto que mi corbata junto a su cráneo es una humilde violeta.

Ya verás una nota de color explosiva. A Fausta.  
Que entre.

*Sale Fausta y entra en seguida BERNAL, que es un mozo de cabellos rufos, más rojos que el alma-gre, con mucha formalidad, ninguna pestaña y millares de pecas. Lucha con un disforme y ferrocísimo gabán, que él se entreabre continuamente, sin duda para lucir la magnitud de sus rodilleras. A Nina, al verle, se le escapa una risotada.*

NINA

¡Oh, oh, qué nota!

BERNAL

*Algo azorado.*

Buenos días.

*Le contestan Nina con amabilidad y burlonamente don Martín.*

FERNANDO

¿Qué ocurre, Bernal?

BERNAL

*Entregándole una carta.*

Como me encargó usted que si llegaba algún certificado de Córdoba se lo trajera...

FERNANDO

*Afable.*

Cierto. Ha hecho usted bien, Bernal. *A Nina, con alegría.* ¿Ves?

NINA

*A su madre, en voz baja y cariñosamente.*

¿Ves?

DOÑA PURA

*Más bajo aún, en tono de reconvención, a su marido.*

¿Ves?

BERNAL

Si no desea usted nada...

FERNANDO

*Rompiendo el sobre.*

No, nada, Bernal.

BERNAL

Buenos días.

*Esta vez, pendientes de la carta, no le contestan, y el pelirrojo sale más cortado que entró.*

FERNANDO

*Triunfante.*

¡La letra! ¡Si conoceré yo a mi madre! *Leyendo.*  
“Veintisiete mil“... ¡Digo, y le añade dos mil pe-  
setas a los cinco mil duros que le pedía! ¡Será  
buena la pobre!

NINA

*Con júbilo, después de leer la letra.*

¡Pues es verdad!

FERNANDO

Con permiso, voy a ver...

DON MARTÍN

¿Cumplimientos entre nosotros?

*Fernando, observado por don Martín, empieza a  
leer. Hay unos momentos de silencio.*

FERNANDO

*Con emoción.*

¡Pobrecilla! *Le miran todos; pero como él no interrum-  
pe la lectura, se interrogan y se contestan gesticulando.*  
¡Pobrecilla!... ¡Pobre, pobrecilla!

*Como su emoción es creciente, don Martín, que  
torna a interrogar con el gesto a su retoño y*

*que no obtiene más respuesta que un mohín dubitativo, se decide a preguntarle al lector.*

DON MARTÍN

*En tono anticipadamente compasivo.*

¿Alguna desgracia?

FERNANDO

*Reprimiendo su emoción.*

Afortunadamente, no. Una amargura nada más. Dice mi vieja unas cosas, que... que me han conmovido.

NINA

*Recelosa.*

¿Por lo del dinero?

FERNANDO

No... y sí. Ha hecho un sacrificio doloroso.

NINA

*Con una punta de malignidad.*

Y como lo ha hecho para favorecer a una desconocida...

FERNANDO

*Apenado.*

¡Nina!... Es injusto lo que has dicho. Te avergonzarías hasta de haberlo pensado, si conocieras a mi madre. Escucha su carta.

NINA

*Algo avergonzada.*

Pero Fernando, si yo...

FERNANDO

Escucha, escucha... *A doña Pura y don Martín.* Y escuchen ustedes y perdonen. *Leyendo con una voz a la que ablanda la ternura poco a poco, sin robarle su entereza varonil.* "Mi queridísimo hijo Fernando: He vendido el huerto. Como es tan lindo, tenía muchos golosos y no me costó trabajo encontrar comprador que lo pagara bien. Bien en lo que cabe, porque el valor de la finca, para mí, era inmenso. En ella nací, en ella me casé, en ella viniste tú al mundo, en ella murió tu padre... ¡Tu padre...! Me figuro que todavía le oigo asegurar que no había un huerto tan verde ni con tanto sol. No lo había. Así es que cuando puse la firma que nos lo quitaba para siempre miré a tus hermanas y las tres rompimos a llorar como tres tontas que somos. De tristeza y también de ale-

gría, porque, como dijo tu Mariucha, que está lo mismo que un lucero, para nada mejor podía servir la finca que para proporcionarte una mujer y con ella la felicidad. Por tu felicidad, no hay sacrificio que nos parezca grande. Ahora, si tú no puedes ayudarnos, viviremos con más economía. No me preocupa lo más mínimo el haber arruinado a tus hermanas porque sé que emplearás bien su dinero y que nunca dejarás a las inocentes sin tu amparo“...

NINA

*Simulando con bastante habilidad, por el bien parecer, el enternecimiento de su novio.*

Basta. No leas más. Devuélvele el dinero.

*Don Martín se apresura a quitarle a Nina la letra.*

FERNANDO

¡Pero, Nina!

NINA

Devuélveselo. Prefiero casarme vieja a que padezca, por mi culpa, una señora así... ¡Una santa!



## FERNANDO

*Ardientemente, porque ciego, como buen enamorado, no ve la simulación.*

Esas palabras valen más que el huerto, y esa emoción tuya más que todos los tesoros del orbe.

## DON MARTÍN

*Haciendo como que se limpia una lágrima y devolviéndole la letra, ya tranquilizado, a Nina.*

Es que hay cosas que, sin poderlo remediar, como Fernando ha dicho, llegan al corazón.

## FERNANDO

Cuando es bueno el corazón. *Con alegría.* Y se acabaron las preocupaciones. Bien vendido está el huerto, ya que según mi Mariucha, que es adivina, va a darme la felicidad, y con la felicidad ánimos para hacerme rico y dotar como un príncipe a mis hermanas.

## DOÑA PURA

Pues a cobrar. *Por la letra.* Dale eso, Nina. Y vuelva usted, si quiere almorzar con nosotros.

NINA

*Palmoteando.*

¡Sí, sí, sí! ¡No ha de querer!

DOÑA PURA

*Riéndose.*

Prepararé un banquete.

*Sale revoloteando como una mariposa vieja.*

FERNANDO

Pero yo no me voy todavía. Puedo cobrar hasta las dos, y de aquí al Hispano—donde me conocen—en el tranvía, no tardo cinco minutos.

NINA

Entonces, ajustaremos cuentas. Ven acá. *Se quita el sombrero y se sienta en el sofá junto a Fernando.* Tenías..., tenías..., ¿cuánto tenías tú? ¿No me dijiste que quince mil pesetas?

FERNANDO

Quince mil.

NINA

Luego disponemos de...

FERNANDO

Cuarenta y dos mil pesetas, justas y cabales.

NINA

Hemos comprado la alcoba y el salón; sirve todo lo de tu bufete, que está flamante...

DON MARTÍN

Y los muebles que nos llevaremos de aquí.

NINA

*Desdeñosa.*

¡Papá...! Se han vendido los buenos y los que nos quedan son vejeces.

DON MARTÍN

*Haciéndose el sentimental, porque se acuerda de lo del huerto.*

¡Vejeces de un valor inmenso para mí! Porque en esos muebles has jugado tú, y en esos muebles se puede morir tu madre...

NINA

*Escandalizada.*

¿Estás loco?

## DON MARTÍN

Perdóname, hija mía. Hay cosas que, sin poderlo remediar, llegan al corazón...

## NINA

*Atajándole.*

Bueno, bueno, papá. *A Fernando.* Contando con el saloncito que te van a regalar, nos faltan el comedor y otro saloncito íntimo para recibir a las amigas de confianza, dos alcobas para huéspedes, por si tu madre y tus hermanas pasan temporaditas en Madrid..., y... y no se me ocurre más.

## FERNANDO

Entonces, con seis u ocho mil pesetas...

## NINA

*Riéndose con tan piadosa indulgencia como si oyese desbarrar a un niño.*

Pero, ¿y mis trapos? ¡Mira que ocho mil pesetas...! ¿Qué te parece, papá? *Al novio.* Me he encargado ocho trajes, caballero. No me da la realísima gana de que se avergüence usted de mí. Y pasemos al capítulo segundo: abrigos.

FERNANDO

*Con cierta alarma.*

¡No serán ocho!

NINA

No, tontín. He encargado uno de pieles, nuevecito, que te honre; otro de terciopelo para los días templados, y otro, de pieles también, para la batalla de los trenes, los "autos" y los carruajes.

FERNANDO

*Graciosamente aterrado.*

¡Once cosas!

NINA

*Volviendo a reirse y a mirarle con piadosa indulgencia.*

¿Y las salidas de teatro, que serán dos?

FERNANDO

¡Trece cosas!

NINA

*Más risueña aún.*

¿Cómo trece? ¿Y los sombreros? ¡Ay, qué bobo, que no se acordaba de los sombreros! No te casas con una modistilla.

*Entra doña Pura sin sombrero ni abrigo.*

DOÑA PURA

*A su hija.*

Está ahí la peinadora. Como va a salir Fernando, le he dicho que se espere.

NINA

Sí. Me arreglaré un poquillo esta cabeza. *A Fernando.* Hasta luego, bobo, bobin. No tardes.

*Sale a saltitos como una alondra, seguida por su madre, que sonríe llena de orgullo.*

DON MARTÍN

*Alzando la diestra con solemnidad, para detener a Fernando, que intenta irse.*

Un momento. Después de una pausa majestuosa. Fernando, hijo mio..., y permítame usted que le llame así... Ha llegado el instante, horroroso para este pecador, de hablar de lo que más le

duele, de lo que más le preocupa y de lo que más le avergüenza. *Con energía.* ¡De lo que más me avergüenza! Lo repito, porque, gracias a Dios, no me avergüenzo de avergonzarme. ¿No es eso lo digno?

FERNANDO

*Desconcertado.*

Sin duda; pero...

DON MARTÍN

*Con dolorosa ironía.*

No, no. Discreciones en este momento, no. Demasiado me comprende.

FERNANDO

Le juro...

DON MARTÍN

*Con honrada melancolía.*

¡No! Por bondad, no aparte el cáliz de mis labios. Vamos a interrumpir ahora la farsa, para hablar sin caretas, noblemente, como dos caballeros que somos. *Cual si le costase un gran trabajo afrontar el asunto.* A usted le habrá sorprendido

mi silencio en lo relativo a la cuestión de intereses.

FERNANDO

*En tono de cariñosa protesta.*

¡Don Martín!

DON MARTÍN

*Con el generoso fuego de un mártir.*

¡No lo niegue, que le habrá sorprendido! Usted se ha callado por delicadeza, por discreción, por desinterés, por elegancia espiritual... Pero usted se habrá dicho: "Este don Martín de Estúñiga, que heredó veinte millones, ¿no ha guardado nada, nada, nada?" Y eso es lo que le preocupa, le duele y le avergüenza a este pecador. Nada; no ha guardado nada; no tiene para casar a su hija; no puede impedir que el novio de su hija compre ¡hasta los cubiertos!

FERNANDO

*Con el acento de la verdad.*

¡Don Martín, que es usted el que me avergüenza con sus palabras! ¡Si yo bendigo su ruina, que es la que me ha acercado a la que va a ser



mi mujer! Y además, ¿con qué cientos ni con qué miles de millones se podría pagar el tesoro que me regala usted al darme su hija?

DON MARTÍN

*Con los ojos arrasados.*

Sí; eso es cierto. Te llevas—y déjame que te tutee, hijo mío—, te llevas una criatura que, si no existiese su madre, sería única en el mundo. Pero a mí me hubiera gustado dártela cargadita de oro... De un oro que tú habrías sabido administrar.

FERNANDO

*Alegremente.*

Descuide, que ya administraré el que gane.  
¡Y fuera tristezas!

DON MARTÍN

*Patéticamente.*

Es que hoy me han apesadumbrado tantos recuerdos y han caído sobre mí tantas amarguras... Y luego la carta de tu madre, que se me ha grabado aquí... *En la frente.* Y, por añadidura, el... ¡el puerco episodio de esta mañana! Afortunadamente, Nina no se enteró.

FERNANDO

*Con ansiedad.*

¿Qué episodio ha sido ese?

DON MARTÍN

No, no te alarmes.

FERNANDO

¿Qué ha pasado que no debe saber Nina?

DON MARTÍN

Nada. Una cosa repugnante; pero sólo repugnante. Vilezas de la vida... con las que no te debo abrumar.

FERNANDO

¡Oh, no! ¡Eso no es justo! ¡Ya que me llama hijo, confíese a mí!

DON MARTÍN

Pero, ¿te has inquietado? ¡Si no ha sido nada! Una simple bellaquería. Que me... echan del Club, si no abono los recibos que debo. ¡A mí! ¿Y cómo he de pagar el Club, si no tengo ni para pagar la casa?

FERNANDO

*Dolido y apesarado.*

¡Pero eso no se puede consentir! ¿Es que para usted yo nada signifíco?

*Saca de la cartera un fajo de billetes.*

DON MARTÍN

*Como una señorita asaltada por un seductor.*

¡No...! ¡No...! ¡De ningún modo! ¡Por Dios...! ¡No!

FERNANDO

*Persuasivo.*

No sea usted soberbio.

DON MARTÍN

¡De ninguna manera! ¡No! ¡No estaría bien!

FERNANDO

¿Y estaría bien que le echaran de la casa y del Club?

DON MARTÍN

Sin embargo... Siendo dinero tuyo...

FERNANDO

Ah, precisamente porque es mío, ¿no lo acepta usted?... ¡Pues lo va usted a aceptar a la fuerza! *Con donoso enfado y metiéndole los billetes en el bolsillo.* ¡A la fuerza, porque yo no consiento que humillen a mi padre!

DON MARTÍN

*Fingiendo que se ablanda.*

Fernando...

FERNANDO

Con los hijos no se debe tener orgullo, señor papá.

DON MARTÍN

*Exaltándose.*

¡No, no se debe tener! ¡Muera el orgullo! *Abrazándole.* Me salvas, hijo mío. Lo único que me consuela, ya que no puedo ni soñar en devolverte esta suma, es que tú te enriquecerás. Tú dispones de un caudalazo de los que nunca se acaban. ¡Esa cabeza!

FERNANDO

*Mirando el reloj.*

Caramba, me voy.

DON MARTÍN

¡Adiós, hijo mío!

FERNANDO

*Refiriéndose al dinero.*

Y una recomendación: chito. Mucha discreción y alegre usted esa cara.

DON MARTÍN

*Con una melancolía incurable.*

¡Si yo me pudiese alegrar...!

*Sale Fernando, y el sauce, que se convierte en seguida en un jocundo rosal, saca los billetes, los cuenta, ensaya una cabriola y se pone a cantar a media voz:*

«Quisiera yo tener  
un mágico poder  
de adivinación...»

DOÑA PURA

*Desde la puerta.*

Bien, hombre, bien. Enhorabuena.

DON MARTÍN

*Con indiferencia, para ocultar su contrariedad.*

¿Por...?

DOÑA PURA

Porque siempre cantas cuando ha llovido en tus bolsillos.

DON MARTÍN

Pues lo que es hoy... Unos duros de un corre-taje que he hecho en el Club, y gracias. No cantaba por esa pequeñez, sino por lo de Nina, que bien merece que nos alegremos un poco.

*Entra NINA muy bien peinada y con un traje sencillo y de muy buen gusto.*

NINA

¿Por qué gruñe la Eugenia?

DOÑA PURA

¡Ah! Encima ¿gruñe? *A don Martín.* Figúrate que lo ha consumido todo y que ni siquiera se había dignado advertírmelo.

NINA

*Adusta.*

Entonces, Fernando ¿qué va a almorzar?

DOÑA PURA

*Tranquilamente.*

Lo que venga de Lhardy.

DON MARTÍN

Bien. Que avise la chica. Langosta a la americana, abundante, y un *chateaubriand* para cada uno... Y para hacer boca ¿pedimos el timbal a la milanesa?

DOÑA PURA

Sí. Y la *charlotte glacée*, con mucha fruta.

DON MARTÍN

*Dándole unos billetes.*

Toma.

ALFONSO

*Dentro, imitando el cacareo de una gallina.*

¡Ca... catalá... catalí!... ¡Ca... catalá... catalí!

NINA

*Riéndose.*

Ya está ahí el chiflado de Alfonso.

*Entra ALFONSO. Es rubio y tan corto de vista que lleva unos cristales en los lentes del grosor de los que se ponen en las escafandras. Tiene unos finos mostachos y una barbita afilada, que se atusa constantemente. Su traje está muy deslucido.*

ALFONSO

¡Hola! ¿Nos pompeamos en el salón del trono? *Cacareando.* ¡Ca... catalá... catalí!

*Todos se ríen.*

DON MARTÍN

Pero ¡qué bufón eres!

ALFONSO

¿Porque cacareo para llamar a Catalina?... No, señor. No lo hago por gracia. La llamo cacareando porque mi corazón es de gallina y debo cacarear. Yo, mi querido tío, merecía vivir, por cobarde, en casa de un pollero, encerrado en una jaula. ¿No se huelen ustedes la novedad?... Que mi suegro... ¡mejora!



NINA

*Apenada.*

¡Chico!

DOÑA PURA

¿Pues no decías...?

ALFONSO

*Con una ferocidad cómica.*

¡Ilusiones! Mejora, y yo, como una vil gallinácea, le doy las medicinas, en vez de asesinarle...  
¿No es para estallar de ira?

DON MARTÍN

*Compadeciéndole.*

Paciencia, hijo, paciencia.

ALFONSO

¿Paciencia...? No rompo a llorar, porque a mí, como no me pisen un pie, no se me saltan las lágrimas.

DON MARTÍN

Por lo visto las tienes en los ojos de gallo.

NINA

*Riéndose.*

Patochadas, no, Alfonso.

ALFONSO

¡Ríete, ríete! ¡Si mis tragedias hacen reír! Bueno. Por ser una asquerosidad, no escupo; que si no, les demostraría que es hiel lo que me brota de adentro.

DON MARTÍN

Ya se morirá, hombre. Calma. No te apures.

ALFONSO

Pero ¿cuándo, señor? Con poco menos de un siglo en las espaldas, guillado indecorosamente ¡y todavía se permite abusar de mí, teniéndome a dieta!

DON MARTÍN

Calma, calma.

ALFONSO

¿Junto a mi mujer? ¿Con su maldito carácter?  
*A Nina.* Tú no puedes figurarte cómo está desde

que riñó con ustedes. ¡Ay, lo que me cuesta el caudal de mi suegro!

FAUSTA

*Desde la puerta.*

El dependiente del señor Rubianes.

DON MARTÍN

Voy en seguida. *A su mujer.* Encarga el almuerzo, y no olvides la langosta a la americana.

*Sale don Martín.*

ALFONSO

¡Caray, mi chifladura! Me convido.

DOÑA PURA

*A Fausta.*

Ven. Te daré una lista para que la lleves a Lhardy.

*Sale con Fausta.*

ALFONSO

¡Langosta a la americana! ¡Lhardy...! ¿Os ha tocado la lotería?

NINA

*Con picardía.*

A mí, sí.

ALFONSO

¡Carambola! ¿Y sin jugar?

NINA

*Con malignidad.*

Jugando a un juego muy serio.

ALFONSO

¿A un juego muy serio? *Después de una pausa.*  
¡Ay, Dios mío! ¡Te casas! ¡Quieres darme a entender que te casas!

NINA

Me caso, me caso. ¡Pues no, que me iba a quedar para vestir imágenes!

ALFONSO

*Con verdadero dolor, a pesar del tono de broma.*

Pero eso... ¡es una indignidad, una felonía! Porque yo haya tolerado al novio ¿voy a tolerar al marido?

NINA

*Risueña.*

¡Qué tipo más curioso eres!

ALFONSO

¡Ah! ¿Sí? Yo me casé con tu consentimiento, y rompimos nuestro noviazgo en vista de que tu padre viajaba hacia la miseria, país al que llegó el mío antes de morir; pero recuerda que dejaste que me casara porque mi prometida era una noche de truenos, y recuerda también que convinimos en que tú te esperarías a que yo enviudase para reanudar nuestro idilio.

NINA

*Burlona.*

¿Y qué? Con que ahora esperes tú también...

ALFONSO

¡Ah, no! ¡Sería una infamia!

NINA

Como la tuya.

ALFONSO

No, hija; mayor, porque, aunque me duela reconocerlo, tu novio no es tan imponente como mi mujer. Es cursilillo, pero pasable.

NINA

¿Pasable mi novio? ¿Qué majaderías estás ensartando?

ALFONSO

*Con indignación.*

¡Ah! De manera que ¿te gusta? ¡Y me lo dices a mí...! Hija de mi corazón, a cinismo no habrá quien te eche la patita.

NINA

Me gusta y me conviene. Porque trabaja y gana. Y tú...

ALFONSO

*Con desdén.*

Pues si yo ganara, ¿quién sería tu marido? *Melancólico.* ¡Ay, si tu padre, en vez de tirar sus millones, hubiese apandado las pesetas y los duros de los demás, como mi suegro...!

NINA

*Despreciativa.*

¿Qué significa eso? ¿Que, para casarnos, lo indispensable era mi caudal?

ALFONSO

No teniéndolo yo...

NINA

*Con ironía.*

¡Bravo! Y además... ¡sólo se habla de dinero, sólo preocupa el dinero!

ALFONSO

*Sencillamente.*

¿Y de qué se ha de hablar, sino de lo que hace falta? En cariño hacia ti, ¿no poseo yo más millones que todos los millonarios y archimillonarios del mundo? *Con una sinceridad que se adivina detrás de su ligereza.* Por ti hubiera sido yo sacamuelas, mozo de tupi, contorsionista, domador de pulgas... Y tan a gusto. Pero tú eres un lucero y forzosamente has de brillar. *Cogiéndole la diestra.* Esta manita no la ha torneado Dios para que empuñe el rabo de una sartén. Es demasiado primorosa.

NINA

*Gimoteando como una criatura, con una coquetería  
infernál.*

No seas tonto, Alfonso.

ALFONSO

*Llevándose la manita a la boca.*

Huele demasiado bien.

NINA

*Haciendo como que desea zafarse.*

Suelta, bobo, bobín.

ALFONSO

*Besando los deditos con glotonería.*

Sabe demasiado bien.

NINA

*Retirando la mano.*

En serio, no, Alfonso. Basta de tonterías, y hablemos con sentido común.



ALFONSO

*Recobrando su tono de broma.*

¿Nosotros?

DOÑA PURA

*Dentro, sobresaltada.*

¡Nina!... ¡Nina!...

FERNANDO

*Dentro.*

Pero no grite usted. No es nada.

*Nina y Alfonso corren hacia la puerta. Entra FERNANDO, con el gabán y el sombrero puestos, lívido y temblón. DOÑA PURA y DON MARTÍN le siguen alarmadísimos.*

NINA

*Con ansiedad.*

¿Qué te ha pasado?

DON MARTÍN

*Casi al mismo tiempo.*

¿Qué ocurre?

NINA

¿Qué tienes?

FERNANDO

*Con más ira que dolor.*

¡Es para darse a los demonios!

NINA

*Con impaciencia y miedo.*

Pero, ¿por qué? ¡Habla, di!

FERNANDO

¡La cartera! *Golpeándose en el lado derecho.* Me la guardé aquí, después de cobrar. Estoy seguro. ¡Aquí, donde se guardan las carteras!

NINA

*Con terrible agitación.*

¡No la habrás perdido! ¡No es posible que la hayas perdido!

FERNANDO

*Avergonzado.*

¡No la tengo! ¡Y yo la guardé aquí!

NINA

¿Y si te has equivocado? *Registrándole el gabán.*  
¿A ver?

FERNANDO

*Con desanimación.*

¡No, no!

DOÑA PURA

¿Y en los otros bolsillos de la americana?

FERNANDO

No, tampoco. ¿Me la iba a guardar en cualquier parte con veintisiete mil pesetas?

DON MARTÍN

*En tono de reconvención desdeñosa.*

¿Y no habria sido igual, puesto que te la han robado?

DOÑA PURA

*Cogiéndose al clavo ardiendo de una suposición.*

¿Y si al cobrar...?

FERNANDO

*Interrumpiéndola, porque adivina la pregunta.*

No me la dejé en el Banco. He vuelto... ¡y no me la dejé!

NINA

*Con una cólera sarcástica que le agria la voz.*

¡Es increíble! ¡No le pasa a nadie!

FERNANDO

*Abochornado.*

No le pasa a nadie. Es cierto.

DON MARTÍN

*Cada vez más desdeñoso.*

Pero, hijo, dejarse robar cinco mil duros... Se necesita estar helado.

FERNANDO

Eso no.

NINA

*Descomponiéndose.*

¡Sí! ¡Helado! ¡Helado, como tú estás! ¡Miren ustedes que consentir que le roben...!

FERNANDO

*Con dignidad:*

¡Nina! Después de una pausa. No he consentido que me roben. Me han robado aprovechándose de un momento de distracción, que no es lo mismo.

ALFONSO

*Con hipócrita conmiseración.*

Pero, hombre, distraerse llevando en el bolsillo la felicidad...

FERNANDO

*Secamente.*

Alfonso, yo no soy de esas personas que creen que la felicidad se lleva en el bolsillo, porque el dinero, para mí, no es la felicidad. La felicidad es otra cosa, y la llevo tan bien guardada, que el único ratero que me la podría quitar es la muerte. A todos. Y no hablemos más del asunto, que bastante importancia le hemos dado.

NINA

*Con ironía.*

¡Ah! ¿No tiene importancia el que no se realicen tus planes?

FERNANDO

¿Y por qué no se han de realizar? ¿He cambiado yo? ¿No sé trabajar, y no trabajo, y no gano más de lo que ambicionaba...? Nos reduciremos, hija mía. Haremos las cosas con más modestia y habrá boda, que es lo principal.

NINA

*Con una sonrisa agresiva.*

¿Es una lección?

FERNANDO

*Asombrado.*

¿Una lección?

NINA

*Con frialdad.*

Si lo es, no la merezco. Bastante me he reducido y no es poca mi modestia. Tú no tienes ni tendrás lo que tuvo mi padre, y sólo he pensado en vivir junto a ti con decoro.

FERNANDO

¿Y digo yo que no sea legítimo ese deseo?

NINA

*Vivamente.*

¡Claro que lo dices! Lo acabas de decir. "Más modestia." Pan y cebolla. ¿No es eso?

FERNANDO

*Cariñosamente.*

Nina, ¡por el amor de Dios! ¿A qué vienen tamañas exageraciones? Yo no tengo nada de ridículo.

NINA

Si la ridícula lo seré yo ahora.

FERNANDO

¿Por qué?

NINA

*Con una sonrisa que no disimula su indignación.*

¡Por qué! ¡Por qué...! ¡Como si no supieras lo que he encargado! ¿No comprendes que tendré que aplazarlo todo y urdir algún embuste que explique el aplazamiento?

FERNANDO

*Preocupado.*

Sí. No había caído... *Después de una pausa.* Pero no tendrás que mentir. *Reconcentradamente.* Puesto que no hay más remedio, pediré.

NINA

*Empezando a ablandarse.*

¡No! ¡No lo consentiré! ¡No quiero que te sacrifiques por mí! ¡Prefiero quedar en ridículo! Avisaré para que no hagan los trajes.

FERNANDO

No avisarás. No has de ser tú la víctima de mi torpeza.

DON MARTÍN

*Amabilísimo.*

Torpeza, no. Al más listo le roban.

DOÑA PURA

*Con una sonrisa de adulación.*

¡Y la prueba es que le han robado á él!



NINA

*Como si fuese a llorar.*

Pero ¡qué disgusto, Dios mío! ¡Estoy temblando!

FAUSTA

*Desde la puerta. A Fernando.*

Un caballero que viene del bufete desea hablar con usted.

FERNANDO

Dígale que aquí no puedo recibir a nadie, y que estaré en el bufete a las cinco. *Quitándose el gabán y entregándoselo con el sombrero.* Y haga el favor de llevarse esto.

*Sale Fausta*

NINA

*Con ternura.*

¿No será una violencia muy grande, muy grande para ti...? ¡Dímelo, Fernando!

FERNANDO

*Reconquistado por el pajarito.*

A mí sólo me puede violentar una cosa: verte disgustada.

NINA

*Atacándole con sus gestos pueriles y su quejumbre de niña.*

¡No, no, ea...! ¡Es muy duro que pidas! ¡Es humillante pedir!

FERNANDO

*Víctima de su seducción.*

Pero ¿y el gozo de humillarme para que tú no te humilles?

NINA

*Apretándole las manos y acariciándole con un mohín galvanizador.*

¡Bobo, que eres un bobo!

ALFONSO

*Tosiendo fuertemente.*

¡Ejem!

NINA

*Burlándose.*

¿Te ahogas?

ALFONSO

Toso.

*Entra FAUSTA.*

FAUSTA

Dispense el señorito. Se ha empeñado en que le pase esta tarjeta.

FERNANDO

*Cogiéndola.*

¡Qué pesadez! *Leyendo.* "Félix Corbacho le ruega que le escuche un minuto. Trae un encargo de su madre de usted". *Con viveza.* Que entre. Ustedes me lo permitirán.

DOÑA PURA

Ve, Fausta.

*Sale Fausta.*

DON MARTÍN

Vamos nosotros.

NINA

*A Fernando.*

No tardes.

*Salen Nina, doña Pura, Alfonso y don Martín. Segundos después, precedido por FAUSTA, que se retira inmediatamente, entra CORBACHO. Es un hombre que se puede quitar un lustro sin ofender a la verosimilitud, bien parecido y pulcramente rasurado. Luce en la corbata, denunciando la plebe-yez de sus gustos, un brillantón; pero su traje y su gabán son elegantísimos y su porte irreprochable. Si se expresara de un modo más señorial, parecería un perfecto caballero.*

CORBACHO

*Con desenvoltura.*

Servidor de usted.

FERNANDO

*Con afabilidad.*

Y yo de usted. Tenga la bondad de sentarse.

CORBACHO

*Sentándose.*

Muchas gracias.

FERNANDO

*Mirándole con atención.*

Me parece que le conozco a usted.

CORBACHO

¿Por qué no? ¡Madrí es tan chico!

FERNANDO

¡Ah! ¿Es usted de Madrid?

CORBACHO

Gato, sí, señor.

FERNANDO

Ya. ¿Es que ha ido usted a Benalcázar?

CORBACHO

*Sorprendido.*

¿A Benalcázar?

FERNANDO

*Más sorprendido aún.*

Si no, ¿dónde ha visto usted a mi madre?

CORBACHO

*Muy tranquilo.*

¡Ah, es verdá! *Riéndose.* Tiene chiste.

FERNANDO

*Receloso.*

¿Por qué tiene chiste mi pregunta?

CORBACHO

*Después de un instante de silencio.*

Porque yo no sé ni hacia dónde cae Benalcázar.

FERNANDO

*Levantándose.*

Entonces...

CORBACHO

*Imperturbable.*

No, señor. No he visto en mi vida a su señora madre.

FERNANDO

*Incisivamente.*

¿Y me quiere decir por qué razón ha mentido?

CORBACHO

*Levantándose el gabán para sentarse más cómodamente.*

Claro. Para que me recibiera usted en seguida.

FERNANDO

*Con una ira que no estalla porque le contiene la tranquilidad de su interlocutor.*

De modo que tenía usted que verme a la fuerza, contra mi voluntad, en una casa que no es la mía..., por no resignarse a esperar unas horas.

CORBACHO

*Como diciendo: «Qué bien observa este abogado.»*

Justo. Así es.

FERNANDO

*Caldeándose.*

¡Usted no puede perder unas horas!

CORBACHO

*Con ingenuidad.*

He preferido molestarle.

FERNANDO

*Maravillándose.*

¡Y lo confiesa...! Y se figura que voy a consentir que por asuntos que a mí me importarán un comino, aunque usted ponga todo su interés en ellos...

CORBACHO

*Interrumpiéndole.*

¡Chs! Pare el auto el señor. *Haciendo más pícaro su sonrisa.* ¡Conque este asunto le importará a usted un comino! ¿Tiene usted los millones a puntapiés? Porque, si no los tiene, no creo que deba permitirse el lujo de hacer esperar a los que le traen dinero.

FERNANDO

*Pasando de golpe de la ira a la ansiedad.*

¿Que usted me trae dinero?



CORBACHO

*Entregándole la cartera.*

Si esto no es dinero...

FERNANDO

*Con una emoción enorme.*

¡Mi cartera!

CORBACHO

*Con gracejo.*

Que me pesaba demasiado para tenerla cinco o seis horas más en el bolsillo, señor Urbina.

FERNANDO

*Avergonzado.*

¡Dios mío, y yo que le miraba a usted con rabia y le hablaba con descortesía como a un impertinente...! ¡Perdóneme usted!

CORBACHO

*Riéndose a carcajadas.*

Pero, ¡si me he divertido la mar!

FERNANDO

*Con vivísima emoción.*

¡Es que usted no se puede imaginar lo que le debo! ¡Es que usted no sabe lo que significa para mí esta cartera!

CORBACHO

¿Cómo que no? ¡Un pellizco de más de cinco mil duros...! Por eso, en cuanto me enteré, cogí un coche, le di al cochero la dirección que había en sus tarjetas, y desde su bufete me vine aquí, porque me aseguraron que aquí estaría usted.

FERNANDO

*Tímidamente.*

Usted, por su aspecto, no es hombre a quien se pueda recompensar con unos billetes... Así es que... ¿me permite usted que le abrace?

CORBACHO

En cuanto vea usted lo que contiene la cartera.

FERNANDO

*En tono de afectuosa protesta.*

¿No lo sé? ¿Acaso iba usted a entregármela si no contuviese lo que contenía?

CORBACHO

*Rechazándole para que no le abrace.*

No. Antes, cuente el dinero.

FERNANDO

*Resistiéndose.*

Amigo mío, permítame usted que le diga que su delicadeza es exagerada. Sería vergonzoso que yo...

CORBACHO

*Persuasivo.*

Sea lo que sea. Déme usted gusto, caray.

FERNANDO

*Resignándose.*

¡Qué le puedo negar! Saca de la cartera un fajo de billetes, y, con visible violencia, se pone a contarlos. ¿Veintiséis? No; me he equivocado. Había veintisiete.

## CORBACHO

*Con un gesto y un tono de truhanería indescriptibles.*

Había. Después de unos instantes de silencio. No se ha equivocado usted.

## FERNANDO

*Boquiabierto de asombro.*

Pero...

## CORBACHO

*Dándose golpes sobre su cartera.*

Mil pesetas están aquí. *Callan unos segundos. Fernando asombrado y su visitante risueño.* Me ha sido usted muy simpático, me parece usted una gran persona, y me dolería que este detalle mío le disgustara. De verdá. Pero yo, que conozco el mundo, no me fio más que de mis amistades—y poco—y no he querido exponerme a una ingratitud.

## FERNANDO

*Sin salir de su pasmo.*

No sé qué decirle. Quizás haya usted hecho bien... aunque conmigo no se habría expuesto a

que le defraudase el egoísmo. Y esta es la prueba. *Alargándole el fajo de billetes.* ¿Quiere hacerme el honor de tomar los que guste?

CORBACHO

¡Quiá, hombre, quiá! *Satisfecho de su perspicacia.* ¡Cuando digo que me parece usted una gran personal...

FERNANDO

No me desaire. Tome los que le hagan falta. *Corbacho sonríe, negándose.* ¡Tómelos! Se los ofrezco de corazón.

CORBACHO

*Sonriente.*

Así, menos todavía. Sería estropear mi acción. *Con dignidad.* He cobrado mi trabajo, como es justo, y a pesar de que no soy rico, no acepto ni una peseta más.

FERNANDO

Pero el trabajo de vencer, siendo pobre, a la tentación escondida en una cartera con un caudal, que se encuentra uno..., ese trabajo no se paga con cuatro mil reales.

CORBACHO

*Riéndose, cada vez más contento.*

¡No, no! Se equivoca usted. No me ha entendido. A lo que yo le llamo mi trabajo no es a la devolución de la cartera... porque no me la encontré.

FERNANDO

*Desconcertado.*

¿Cómo que no se la encontró?

CORBACHO

Bueno. En realidad, me la encontré, porque aquello fué encontrársela; pero... en su bolsillo.

FERNANDO

*Estupefacto.*

De modo que usted...

CORBACHO

*Sin pensar en avergonzarse, pero lejos de un cinico orgullo.*

Se la "distraje". Sí, señor. Es mi oficio. De todo ha de haber en el mundo... y todo hace fal-

ta. Un viejo de los de mi cuerda, que ha vivido más que diez como yo, dice que el pobre se des-  
crisma para que cobre el rico, y que el rico ne-  
gocia para que nosotros, los del arte, triunfemos,  
y que nosotros ganamos para que ascienda la  
magistratura, y que la magistratura condena para  
que no le falte el cocido al verdugo, y que el  
verdugo ahorca para que se alimente el gusano,  
y que el gusano engorda para que se lo trague el  
pez, que caerá, por fin, en el estómago del pobre.  
Es curioso, ¿no?

FERNANDO

Lo curioso, y lo increíble, y lo inexplicable es  
que, dada su profesión, me devuelva usted el di-  
nero.

CORBACHO

*Con naturalidad.*

¿Y la carta?

FERNANDO

¿Qué carta?

CORBACHO

La de su madre de usted. ¿Se figura usted que  
los cazadores de carteras no tienen nada en el  
lao izquierdo?

FERNANDO

*Con admiración.*

¡Ah!

CORBACHO

A mí el oficio no me ha quitado la honradez. Y como es mucha carta la carta, y como mi madre también tuvo un huertecillo donde me criaron, y como—no vale reirse—, y como me tira la poesía... pues ahí ve usted.

FERNANDO

*Después de una pausa.*

Ahora, ¿puedo darle el abrazo?

CORBACHO

*Riéndose.*

Y se lo devolveré con todo mi corazón. *Se abrazan.* Y voy a “osequiarle” con un consejo: Abróchese el bolsillo interior de la americana. Ese botón seguramente fué inventado por un sastre que había sido carterista y que nos quiso reventar. Él solo vale tanto como una pareja de civiles.



FERNANDO

¿Lo llevaba desabrochado?

CORBACHO

¡Como que dí el golpe por compromiso! Iba yo hasta sin ayudante.

FERNANDO

En el Banco, ¿verdad?

CORBACHO

En el tranvía. Cuando fué a bajar aquel caballero gordo que le empujó. Usté me miraba el alfiler. ¿No se acuerda?

FERNANDO

¡Toma...! Ahora caigo. De eso le conocía.

FAUSTA

*Desde la puerta.*

¿Da usted su permiso?

FERNANDO

¿Qué desea, Fausta?

FAUSTA

Que está ahí el caballero que esperaba usted.

CORBACHO

*A la criada.*

¡Buen quite! ¡Ole! *A Fernando.* Es para que me largue...

FERNANDO

*A Fausta, que se apresura a retirarse.*

Que ya voy. *A Corbacho, riéndose.* ¡Si supieran lo que me ha traído usted!

CORBACHO

*Riéndose también.*

Pero como no lo saben... Bueno, que le aguar-  
dan. Me voy.

FERNANDO

*Abre la petaca y le ofrece un habano.*

Un cigarro.

CORBACHO

No, gracias.

FERNANDO

¿Tampoco?

CORBACHO

*Con sencillez.*

No fumo ni bebo. No tengo vicios.

FERNANDO

*Apretándole la diestra.*

Pues no olvide que si algún día le puedo servir, le serviré con toda mi alma.

CORBACHO

*Sonriéndose.*

Siempre que no sea porque me hayan pescado... Vaya, buenos días.

FERNANDO

Buenos días, amigo.

CORBACHO

*Deteniendo a Fernando, que le va a acompañar.*

No se moleste. *Con malicia.* Esta casa es sagrada.

FERNANDO

¡Por Dios!

*Sale Corbacho con la misma desenvoltura que entró, riéndose a carcajadas; en seguida invaden el salón NINA, DOÑA PURA, ALFONSO y DON MARTÍN.*

NINA

¡Hijo, qué lata! ¡Va a enfriarse el almuerzo!

FERNANDO

¿Lata? ¿Es un latoso el señor que nos obsequia con este postre?

*Muestra la cartera.*

NINA

*Loca de júbilo.*

¡Ay, Virgen santísima! ¡La cartera!

DOÑA PURA

¡La cartera! ¡La cartera!

ALFONSO

*Estupefacto.*

¡Le han devuelto los cinco mil duros!

DON MARTÍN

*Pasmado.*

¡Enorme! ¡Brutal! ¡Devolver cinco mil duros!

NINA

Pero, ¡cuenta, criatura! ¡No te hieles! ¡Habla...!  
¿Conoces a ese caballero?

DON MARTÍN

*Sarcásticamente.*

¡Yo, sí! ¡Es un mirlo blanco!

NINA

Sin duda. ¡Un mirlo blanco! *A su novio.* Pero,  
¿quién es?

FERNANDO

Ese caballero... es un ladrón.

FIN DEL ACTO PRIMERO



## ACTO SEGUNDO

Salita de trabajo en casa de Fernando. A la derecha hay una puerta que comunica con el bufete; a la izquierda otra, que da a una biblioteca, y otra al fondo, que une el departamento del abogado al interior de la casa. Frente a la biblioteca se ve una gran mesa de roble, sin cajones, atestada de legajos y libros, y una pequeñita, de roble también, que sostiene una máquina de escribir. Entre la puerta de la biblioteca y la pared del fondo hay un mueble que oculta una caja de caudales. Dos lujosos estantes y unos cuantos sillones de cuero completan el menaje de la habitación.

*BERNAL, sentado a la mesita, termina de copiar una carta cuando entra DON MARTÍN por la puerta del fondo. El viejo viste un traje flamante, y trae un hermoso clavel en la diestra.*

DON MARTÍN

Salud, joven.

BERNAL

*Levantándose.*

Buenas, don Martín.

DON MARTÍN

No se moleste.

BERNAL

*Afable.*

Es que he terminado.

DON MARTÍN

Ah, muy bien. Pues ya que ha terminado y no le distraigo, dígame, y disimule mi pregunta, que es, más que una pregunta, una recomendación: ¿Por qué no se tiñe?

BERNAL

*Un poco desconcertado.*

Pero, don Martín... Yo no tengo canas todavía.



## DON MARTÍN

Si las tuviera, no le recomendaría que se tiñese.

## BERNAL

Es que... no me disgusta mi pelo, y usted perdóne. Además, este pelo tiene una ventaja: que nunca se cae.

## DON MARTÍN

*Horrorizado.*

¡Ni siquiera se cae...! ¡Y a eso le llama usted una ventaja! Pero no insisto. A otra cosa, joven Bernal. ¿Quiere decirme si ha entrado mi hija en el bufete? NINA, *elegantísima, con unos soberbios pendientes de brillantes, entreabre la puerta del bufete, y don Martín, al verla, se pone la mano en la rabadilla y oculta el clavel. No me diga nada, joven Bernal, o dígamelo, si no quiere privarse de tamaña satisfacción.*

## BERNAL

*Riéndose, pero completamente cortado.*

¡Qué cosas tiene usted, don Martín!

NINA

*A su marido, que está en el bufete.*

Bueno. Sí... adiós... *Corriendo hacia su padre.*  
¡Papá, señor papá...! ¿No se avergüenza usted de su tardanza? *Muy severa.* ¡En un día como hoy! *Riendo y enseñándole los pendientes.* Pero mira, mira el regalo de mi Fernandín.

*Bernal se va al bufete.*

DON MARTÍN

*Con aire de suficiencia.*

Bonitos... No se ha portado muy mal... *Melan- cólico.* En cambio tu padre...

*Retira, con lentitud, de la rabadilla la diestra y le ofrece el clavel.*

NINA

*Con muchos aspavientos.*

¡Ay, ay, ay...! ¡Ay, qué hermosura! ¡Ay, qué asombro!

DON MARTÍN

*Con humildad y efusión.*

En mi pobreza, me conformo con ofrecerte esa flor, que no tiene más que un mérito: el de ser tu mejor retrato.

NINA

*Riéndose.*

¡Qué galante! Pues más que todos los regalos, agradezco el de mi papá. *Cariñosa.* Pero no debías haber salido con un tiempo tan horrible.

DON MARTÍN

¿Y te iba a faltar mi presente el día de tu cumpleaños? ¡Muchacha...! No a pie, sino de rodillas, hubiese atravesado las calles para que no te faltara, por primera vez, mi recuerdo.

NINA

*Asombrada.*

¿Que has salido a pie...? Entonces, ¿para qué sirve el automóvil?

DON MARTÍN

Es que... *Fingiendo que se contiene.* ¡Pero, no, no! ¡Qué sandez!

NINA

*Con seriedad.*

¿Qué ha pasado?

DON MARTÍN

¿Qué ha de haber pasado...? Y aunque hubiese ocurrido cualquier tontada, ¿sería discreto que te la refiriese... hoy? Hoy, ¿te iba a lastimar con un disgusto?

NINA

*Con testarudez.*

No, papá. Déjate de discreciones, y no me des el disgusto de ocultarme las cosas. ¿Qué ha ocurrido?

DON MARTÍN

*Como si le contrariase formular la denuncia.*

Pero si ya he dicho que es una tontada... ¿Qué importa que salgamos a pie una temporadilla...? ¡Cuando haya otro *chauffeur*...!

NINA

*Con sorpresa.*

¿Otro *chauffeur*?

DON MARTÍN

Puesto que Fernando ha despedido a Julián...

NINA

Y... ¿por qué?

DON MARTÍN

¡Por qué...! Porque le admitió por mí, lo cual demuestra que mi influjo en la casa es conmovedor.

NINA

*Irritada.*

¡No, no, papá!

DON MARTÍN

*Simulando una cándida confusión.*

¿Ves...? ¡Ya se apenó mi niña! ¡No te disgustes tú, tesoro mío!

NINA

¿No me he de disgustar?

DON MARTÍN

Pues no te debes disgustar. ¡Ea, boca arriba las cartas! ¿Te figuras que eso de que me den el

mismo valor que a un cero a la izquierda me quita las ganas de comer...? ¡Bah...! Si procediesen de tí las desconsideraciones, me desgarrarían el corazón; pero procediendo de tu marido...

NINA

¿Y si te has engañado...? ¡No es posible que haya despedido al *chauffeur* por contrariarte!

DON MARTÍN

¡Ojalá!

NINA

¿No me crees? *Con resolución.* Te vas a vencer. Entra en la biblioteca.

DON MARTÍN

*Como si se violentase.*

Pero, hija mía...

NINA

*Empujándole.*

Entra. *Se refugia don Martín en la biblioteca y Nina entreabre la puerta del bufete, llama con la mano y acude*  
BERNAL. Dígale al señor que le espero.

BERNAL

Con mucho gusto.

*Vuelve al bufete.*

DON MARTÍN

*Asomándose a la puerta.*

Nina... ¡tacto, por Dios!

NINA

*Irónica.*

Ya verás el tacto.

DON MARTÍN

Que yo no quiero infernar matrimonios... Que me contentaré con que Fernando me indemnice de la humillación, como se le antoje...

NINA

*Bajando la voz y con mucha energía.*

¡Vete!

*Se retira don Martín rápidamente, y entra FERNANDO por la derecha. Ya no estropea los chalecos con horribles corbatas; viste con severidad y distinción, y aunque ha vuelto a decorarse el rostro con una fina barbita y unos poblados bigotes, no parece un hombre vulgar, como opina su mujer.*

FERNANDO

*Atable.*

¿Qué desea mi pajarín?

NINA

*Con el gesto precursor de las grandes borrascas.*

Parece mentira que hayas elegido el día de hoy para mortificarme.

FERNANDO

*Sin tomarla en serio.*

¿Ya no te agradan los pendientes?

NINA

¡No, no te quieras escapar recordándome el regalo!

FERNANDO

*Alzando la cabeza para ventear.*

Me parece... Porque este cambio tan rápido y tan gordo no es obra de tu capricho... Me parece que tu insuperable papá ha estado aquí. Lo presiento. Huele a zorro.



NINA

¿Te burlas?

FERNANDO

*Con una indulgencia un poco desdeñosa.*

¿Yo burlarme de mi pajarito? *Acariciándola.* Vamos, vamos, no seas chiquilla.

NINA

*Tocando la cuerda de la sensibilidad.*

¡Sí, muchas caricias...! Y luego... *Con súbita cólera*  
¿Por qué has despedido al *chauffeur*?

FERNANDO

*Con aire de triunfo.*

¿Ves cómo ha pasado por aquí tu inquietador, sorprendente y pintoresco papá? ¿Ves cómo mi nariz no me engaña? ¡Si deja un olorcillo a zorro inconfundible!

NINA

¡No hablamos de mi padre, sino del *chauffeur*!  
¿Por qué le has despedido...? ¡Dil! ¿Te has pro-

puesto tenerme presa? ¿Te has empeñado en que no salga si se me antoja salir?

FERNANDO

*Sonriéndose.*

¿Y quién aprisiona á un pajarillo...? No, hija mia. Hoy no se te ocurrirá salir. Y mañana tendremos un *chauffeur* mejor que Julián.

NINA

¿Mejor porque no le habrá recomendado mi padre?

FERNANDO

Nina, no seas tan ligera. El *chauffeur* nuevo será mejor, porque no tendrá tan garrafales defectos como el que se ha ido, que era un águila para robar. ¿No sabes que metía el auto en el taller de reparaciones, sin estar descompuesto, y que, cuando lo estaba, por composturas de diez duros, ponía cien...? Pero, en fin, por eso no le he despedido, porque su cómplice, el dueño del taller, es socio capitalista de tu papá, y yo gozo protegiendo á los parientes emprendedores.

NINA

*Exaltada, mas con un principio de temor.*

¿Y crees semejante calumnia?

FERNANDO

*Con gravedad.*

¿Calumnia? Jamás haría una afirmación de esa índole sin poderla probar.

NINA

*Esquivando la cuestión.*

¿Con la palabra de cualquier enemigo de mi padre...? ¡Bien, hombre! ¡Muy bien!

FERNANDO

*Conciliador.*

Vamos, basta de tontadas. No quiero que padezca mi pajarín por naderías que no puede evitar.

NINA

*Cambiando de táctica y convirtiendo su furia en languidez sentimental.*

¿No he de padecer tratándose de mi padre...? Es que tú ni siquiera le estimas y todo lo suyo te parece mal.

## FERNANDO

Me parece mal todo lo suyo que afloja extraordinariamente mi bolsa. Y ya que hablamos de ciertos abusos, ¿me quieres permitir que, con la debida consideración, le suplique á tu mamá que regrese?

## NINA

*Sulfurándose.*

¿A mamá...? De modo que por hacernos un favor se va a Santander, para arreglarnos el hotelito...

## FERNANDO

Precisamente por el hotel, y contando con tu permiso, voy a rogarle, con mucho respeto y con una ternura filial, que vuelva a Madrid. Me consta que desea favorecernos y que cree que nos favorece. Le hago justicia. Pero... si me lo consientes, te diré lo que nos cuesta ya su favor. *Sacando unas facturas.* Siete mil y pico de pesetas. ¡Y el pico es de pelícano! ¿Y sabes en lo que ha gastado las pesetas...? En arrancar los frutales que había en el jardín—árboles groseros que daban peras, guindas y granadas—para plantar ár-

boles distinguidos, que no dan ni sombra, pero que tienen unas líneas de una elegancia fenomenal.

NINA

¡Íbamos a veranear en una huerta...? ¡Avaro, tacaño! ¡Con la enormidad que ganas! ¡Si te gusta más que todo el dinero!

FERNANDO

Si me gustase más que todo, me habría casado, como tu primo, con la hija de un usurero, y hoy, si no los diez millones que él posee, poseería uno o dos. Pero, aunque no más que todo, me gusta como debe gustar, y me da lástima de que el que adquiero con mi inteligencia lo derrochen los que nunca han sabido ni querido trabajar.

NINA

*Dolida.*

Mi padre querría trabajar.

FERNANDO

*Conciliador.*

Con que trabajara en hacerte cambiar de hábitos... Porque mi pajarito es tan... tan...

NINA

*Apenada.*

Tan borrica. Dilo. ¡Sí, comprendo que me llamas pájaro con intención, para darme a entender que mi cabeza está huera! ¡Si no me quieres! ¡Si no te importo nada! ¿Qué significa yo para ti?

FERNANDO

*Con sincera efusión.*

A pesar de los pesares, media vida.

NINA

*Apesadumbrada.*

Media vida, media vida... *Con una cólera pueril.*  
¡Niega que te has vuelto a dejar la barba por mortificarme! ¡Atrévete!

FERNANDO

*Riéndose.*

¿No lo he de negar?

BERNAL

*Desde la puerta del bufete, sin abrirla, y avisando antes de hablar con unos golpecitos.*

¿Me permite usted?

FERNANDO

Adelante, Bernal.

BERNAL

Está ahí el señor Garzón.

FERNANDO

Bien. Que voy al momento. *Retorna Bernal al bufete.* Perdona, pajarito.

*Se va al bufete, y en seguida entra* DON MARTÍN.

DON MARTÍN

*Llevándose las manos a la peluca.*

¡Enorme...! ¡Inaudito...! ¡Descomunal...! ¡Viva España...!

NINA

¿Qué dices?

DON MARTÍN

¡Que viva España, asombrosa nación que produce fenómenos como tu marido!

NINA

*Reconviniéndole.*

Pero, ¿has escuchado...? ¡Oh, papá!

DON MARTÍN

*Con indignación.*

Pues ¿para qué me hiciste esconderme en la biblioteca? ¿No me exigiste que escuchara?

NINA

*Ingenuamente.*

Porque me figuré que tenías razón.

DON MARTÍN

*Con energia.*

¡Y la tengo! ¡Y tú también la tienes...! ¿Vas á dejarte embaucar por ese rabulilla? ¡Picapleitos, embrollón, farsante!

NINA

*Con malicia.*

Sí; pero lo del *chauffeur* y las composturas... por lo menos es un abuso.



DON MARTÍN

¡Si es falso! Pero, ¿qué ha de esperarse de un alma de prestamista...? ¡Cuidado que hace falta tupé para protestar contra una señora por el crimen de haber arrancado unos indecentes ciruelos y media docena de peraluchos...! Por lo visto ese Justiniano quería negociar con su fruta.

NINA

*Malignamente.*

Ahora exageras tú, papá. Fernando no es un picapleitos ni tiene alma de prestamista.

DON MARTÍN

Y yo, ¿soy un zorro? ¿Huelen a zorro las habitaciones por donde yo paso? *Nina se echa a reir.* Ah, ¿te ríes...? Dejas que tu marido me insulte, sin defenderme; le defiendes cuando, como un hombre digno que soy, le ataco, y al defenderme yo... te ríes. ¡Colosal, magnífico, estupendo...! ¡Viva España!

NINA

*Riéndose.*

Estás muy gracioso, papá.

## DON MARTÍN

¡Así! ¡Después de la injusticia, la burla! ¡Viva España!

ALFONSO *entra por la puerta del pasillo; se ha quitado el bigote y la barba, y al adquirir los millones de su suegro ha perdido parte del buen humor que le debía a la miseria. Viste un pantalón a rayas, oscuro, más inglés que Nelson, una americana azul de un corte arrebatador y un gabán de pieles fastuoso. En el meñique de la diestra luce un brillante como un garbanzo y en la corbata una perla como una aceituna.*

## ALFONSO

Con honra, que es el viva castizo.

## DON MARTÍN

Con honra, porque aún quedan hombres de tu linaje; que si no... Y bueno está lo bueno, y pararé la jaca para no atropellar. ¡Hasta la vista!

*Sale por el pasillo como un rehilete.*

## ALFONSO

*Estupefacto.*

Adiós, tío. *A Nina.* ¿Qué le pasa?

NINA

Es graciosísimo. Corre para cortar una conversación en la que no me tenía de su parte.

ALFONSO

Pero, ¿hay quien te pueda tener de su parte? ¿Hay algún mortal tan dichoso... aunque se afeite por ti?

NINA

*Coqueteando.*

Hace poco lo era mi marido, a pesar de sus barbas.

ALFONSO

*Moviendo la diestra, con el índice y el meñique muy tiesos.*

¡Lagarto, lagarto!

NINA

*Riéndose.*

¿No debo nombrar a mi marido?

ALFONSO

Hoy no. Hoy no es día de purgatorio, sino de cielo. *Sacando un estuche.* Y permíteme que al felicitarte me dé la satisfacción de ofrecerte esta cosilla.

NINA

*Fingiendo una gran sorpresa.*

Pero, ¿te has acordado...?

ALFONSO

¿Se me iba a olvidar la fecha del nacimiento de Venus y del primer aniversario de la muerte —¡gracias, Señor!— de mi papá político?

NINA

*Contemplando el collar de brillantes que encierra el estuche.*

¡Qué preciosidad, Alfonso...! ¡Qué maravilla! *Obsequiándole con el mohín galvanizador.* ¿Sabes que tienes muy buen gusto?

ALFONSO

*Besándole la mano.*

Me gustas tú...

NINA

*Por el collar.*

¡Admirable, lindísimo! *Protestando al recibir otro beso, pero sin enfadarse.* ¡Vamos, no seas bobín! *Admirando nuevamente el collar.* Pero, ¡es soberbio! ¡Es digno de una reina!

ALFONSO

*Con modestia.*

Pasable nada más. *Le besa la mano dos o tres veces sin que se dé cuenta Nina, que se ha entenebrecido de pronto.* Pero, ¿te has entristecido?

NINA

*Como rematando un monólogo mental.*

¡No, no es posible!

ALFONSO

*Asombrado.*

¿Qué no es posible?

NINA

*Irritada.*

¡Más valía que no me lo hubieras comprado!  
¡Y yo que, sin caer, pensaba ya en ponérmelo...!  
*Con pena.* Llévate el collar.

ALFONSO

*Estupefacto.*

¿Que me lleve el collar? ¿Por qué?

NINA

Pero, ¿te figuras que no es seria la prohibición de Fernando?

ALFONSO

*Desdeñoso.*

¡Ah...! Pues sí; me figuro que no es seria y no la tomo en serio.

NINA

¡Con que la tome yo...! No consiente que admita regalos tuyos.

ALFONSO

*Con sencillez.*

¿Y qué hago yo, entonces, de mi renta?

NINA

Jugarla, o tirarla, o guardarla. Mi marido dice que nosotros no somos los culpables de que seas millonario.

ALFONSO

*Escandalizado.*

¡Los culpables...! ¡Como si el ser millonario constituyera una desdicha! *Apoyándose el índice en la sien y moviéndolo cual si se la quisiera horadar.* ¡Estará tu marido...?

NINA

De orgullo, sí está loco.

ALFONSO

*Con petulancia.*

Y quizás tenga yo la suerte de que también esté celosillo de mí. Eso explica sus incorrecciones.

*Entra DON MARTÍN por la puerta del fondo.*

DON MARTÍN

¿Te refieres a las del picapleitos? ¡Si devolviese yo las que me trago...! Pero hay que digerirlas, hay que aguantar las bofetadas morales, que son las que más nos duelen a los hombres que heredamos la elegancia de espíritu. *Al ver la joya.* ¡Caray! Esto quita las penas. *Cogiendo el collar.* ¡Asiático, regio...! ¡Completamente asiáti-

co! ¿Y cuántas estrellas hay en la constelación?  
*Contando.* Una, dos...

ALFONSO

*Resplandeciente.*

No se moleste. Veinticuatro. Me acordé de la edad de Nina...

DON MARTÍN

¡Bravo! ¡Si te ha salido una poesía, Alfonsín! Te voy a abrazar. *Abrazándole.* Eso es tener ideas delicadas y galantes. *A Nina.* Que aprenda el zamacuco de tu marido. *Por el collar.* Póntelo, a ver si se le sube el color alguna vez.

ALFONSO

¡Si me lo ha rechazado!

DON MARTÍN

*Con indignación.*

¿Que te lo ha rechazado? *A Nina.* ¿No se burla de mí?



NINA

*Displicente.*

No.

DON MARTÍN

*A Alfonso, después de unos instantes de silencio.*

¿No te ha mordido...? Porque, aunque tiene los ojos serenos y la cara plácida, ¡está loca!

NINA

Demasiado sabes que no me lo puedo poner.

DON MARTÍN

¡Ah, vamos...! No está loca: está mema, y se resigna a que la esclavice su marido. Pues, hija de mi alma, no hay salvación para ti.

NINA

*Acongojada.*

¿Y qué he de hacer?

DON MARTÍN

*Con energía.*

¡Rebelarte! Es graciosa la pregunta. ¿Por qué no has de aceptar lo que se te antoje de Alfon-

so? ¿No comprendes que, tratándose de tu primo, la prohibición es afrentosa?

ALFONSO

¡Lo mismo pienso yo!

DON MARTÍN

¡Afrentosa, verdaderamente indigna!

NINA

¡Sí, cierto! Y lo peor es que en ese punto Fernando no cederá. ¡Si hubiera algún modo de ocultarle que has comprado tú la alhaja...! Pero, no siendo tú, ¿quién me la iba a regalar? *Gimotando.* ¡Dios mío...! ¡Dios mío...! ¡Mire usted que es mala suerte...! *Con ira.* ¡Quisiera reñir con alguien, pegarle a alguien, romper algo...!

*Tira unos legajos.*

DON MARTÍN

*Recogiéndolos.*

No, tesoro. Esto es dinero, y no se tira. Rebélate contra tu marido; pero no le hagas perder el dinero, porque lo perderás tú. *Asaltado de súbito por una idea.* ¡Oh...! ¡Ah, qué idea...! ¡Ah, qué rayo de luz!

NINA

*Esperanzada.*

¿Qué se te ha ocurrido?

DON MARTÍN

*Triunfalmente.*

¡Tuyo es el collar!

NINA

*Con la voz trémula de alegría.*

¡Cómo!

DON MARTÍN

Antes de media hora te lo ofrecerá tu propio marido. *Mirando hacia la puerta del bufete.* ¡Usted mismo, ilustre rabulilla, o soy yo un mosquito y no un zorro!

NINA

Pero...

DON MARTÍN

¡No! Mi sainete me lo reservo. No me gusta lucirme. Dame la joya. Y largo de aquí los dos, que voy á maniobrar.

ALFONSO

*Viendo la perplejidad de Nina.*

Anda. Cuando él lo afirma...

DON MARTÍN

*Pavoneándose.*

Es porque puedo afirmarlo.

NINA

*Con efusión.*

¡Ay, papá! ¡Si lo consigues...!

DON MARTÍN

¡Nada de ofrecimientos! Si lo consigo, con un beso tuyo cobraré usurariamente.

NINA

Pues como te daré mil, ahí va uno adelantado.

*Le besa y se marcha por el pasillo con Alfonso.  
Don Martín entreabre la puerta del bufete, llama  
gesticulando y acude BERNAL.*

DON MARTÍN

¿Hay muchos "paganos"?

BERNAL

Ahora, ninguno.

DON MARTÍN

*Sonriéndose.*

¡Al pelo! Por esa noticia le voy á premiar con una lección. Fijese el honrado joven. *Enseñándole el collar.* ¿Qué es esto?

BERNAL

*Con la timidez del que teme una burla.*

Un collar.

DON MARTÍN

¿De veras?

BERNAL

De veras.

DON MARTÍN

De modo que esto, según usted, joven dignísimo, es un collar. Y hasta afirmará usted que es de brillantes engarzados en platino.

BERNAL

*Tornando a examinar la joya.*

Y de brillantes buenos. Yo he sido dependiente en una joyería.

DON MARTÍN

*Como si se maravillase.*

¡Caray!

BERNAL

De seguro que ha costado más de cuarenta y cinco mil pesetas.

DON MARTÍN

Pues bien, joven nota de color; esta joya, aunque parece un collar, no es un collar, sino una reala, y sus piedras, aunque parecen brillantes, no son brillantes, sino galgos. Galgos que van a cazar una liebre. En el mundo, joven can-

doroso, no se debe juzgar nada por su aspecto. No olvide la lección, y llame ahora con toda la cortesía, con toda la blandura, con toda la consideración y con todo el respeto debidos á su magnánimo principal. *La nota de color, moviendo la cabeza con el disgusto y el recelo del que trata con un loco, penetra en el bufete. Don Martín guárdase la joya y ensaya varias sonrisas.* No, no es hábil recibirle sonriendo. Severidad; una severidad un poco melancólica. *Al entrar FERNANDO colócase en una postura de víctima que, á su juicio, es muy interesante, y comienza a hablar aflautando la voz.* Pasa, hijo mío. Tranquilidad, que no vengo a recriminarte.

FERNANDO

*Despreciativo e iracundo.*

¿Eh?

DON MARTÍN

*Impertérrito.*

Que no vengo a recriminarte. ¿Recuerdas unas famosas palabras que pronunció Aparisi y Guijarro en cierta solemnísimas ocasión?

FERNANDO

*Con acritud desdeñosa.*

¿Qué demonios se propone usted, y para qué me recomienda que esté tranquilo, si no he pen-

sado en alborotarme...? Y en cuanto a lo de re-criminar, el zorro ¿tendrá la avilantez de hacerle cargos al dueño del gallinero?

DON MARTÍN

*Tragando bilis.*

Hombre, tienes defectillos, como todo el mundo; pero, aunque sólo sea por tu sinceridad, hay que perdonártelos. ¡Bien, caramba, bien! Maltrata a este pobre caballero derrotado por la suerte, si estás ofendido con él. Maltrátalo, que él sabe levantar su corazón para que pasen por debajo las injurias, sin herirle. Y estas son las famosas palabras que te quería recordar.

FERNANDO

*Con una indignación que sonríe para no rugir.*

Talma, junto a usted, hubiera sido un cómico de tres al cuarto.

DON MARTÍN

*Calmoso.*

¿Cómo debo interpretar esa afirmación? ¿Significa que estoy representando una comedia y que soy un farsante? *Con una emoción muy bien simulada.* Fernando, no esperaba que me hirieses



con tal ferocidad. Venía yo a decirte que me habían calumniado al afirmar que el dueño del taller de reparaciones era mi socio; venía a manifestarte que, aunque le habías dado crédito a la calumnia con una facilidad ofensiva para mí, te perdonaba, y tú...

FERNANDO

Y yo soy tan ingrato, tan perverso... que le lastimo en su delicadeza de sensitiva.

DON MARTÍN

*Enérgicamente.*

¡Así es! Cuando voy a devolverte bien por mal, cuando me acerco a ti... con ternura—¡con ternura, porque al fin eres mi hijo!—me llamas farsante. ¡Farsante un hombre que va a pagar una injusticia escarnecedora con un beneficio!

FERNANDO

¿Que yo voy a recibir un beneficio de usted? Pero, dígame: ¿es que le parezco tan irremediablemente bobo, tan absoluta e increíblemente idiota, que cree que me puede engatusar de nuevo...? ¡Bah...! Telón, señor mío. Se acabó el sainete. No insista, que Julián no volverá a mi casa.

DON MARTÍN

*Pisando por primera vez terreno firme.*

¿Y quién te ha dicho que deseo yo que vuelva?

FERNANDO

*Un poco desconcertado.*

Entonces, ¿qué urde usted...? Porque usted a humo de pajas, desinteresadamente, no me ha llamado.

DON MARTÍN

*Como reprimiendo la ira.*

Merecías que me diese un punto en los labios y que me marchara. Pero cada uno es como Dios ha querido que sea. *Dándole el estuche.* ¡Toma, ingrátón!

FERNANDO

*Después de examinar el collar.*

Y ¿qué hago yo con esto?

DON MARTÍN

¿No te bastará con hacer un negocio...? Esa joya, que vale setenta mil pesetas, la vende un amigo mío en quince mil. ¿Continúo hablando?

FERNANDO

*Con frialdad.*

Si va a proponerme que la compre, no siga. Porque comprar en quince lo que vale setenta es un robo y yo no sirvo para robar.

DON MARTÍN

*Sinceramente enfadado.*

¡Qué disparate! En ese caso, todos los que comercian serían ladrones. Además, yo he cogido esa alhaja de manos de un usurero, que se quedará con ella esta noche si no la compras tú, y el perjuicio lo sufrirá él, no mi amigo.

FERNANDO

Ya eso varía. El que roba a un ladrón... Pero queda el rabo por desollar. *Mirando a don Martín con agudísimo recelo.* ¿No es pasmoso que usted me proporcione por quince mil pesetas una joya que vale setenta mil?

DON MARTÍN

*Dolorido.*

Para los que me crean un farsante... Pero así son mis farsas.

FERNANDO

*Después de un momento de reflexión.*

¡Quíá! *Devolviéndole el estuche.* ¡A otra puerta! ¡Me escamo!

DON MARTÍN

*Gravemente.*

Supongo que no hablarás en serio.

FERNANDO

*Con sequedad.*

¿Bromeo yo con usted...? Repito que me escamo, y lo repetiré cien veces. ¡Me escamo, señor! ¡No me fio de usted, señor! ¡No concibo que usted me regale un buen negocio...! La polilla hace agujeros en la madera, no los tapa.

DON MARTÍN

*Con una jovialidad que oculta un comienzo de alarma.*

Fernando, que eres mi hijo político. *Recalcando.*  
"Político", Fernando.

FERNANDO

*Con agresividad.*

¿Qué ocurrió con los tapices? ¿No me sacó por ellos cinco mil pesetas y no habían costado doscientos duros?

DON MARTÍN

*Con viveza.*

¡Pero el collar lo garantizo yo!

FERNANDO

*Como una bala.*

¿Y no garantizó los tapices?

DON MARTÍN

Es que entonces me engañaron.

FERNANDO

*Con socarronería.*

Y ahora, ¿no le han podido engañar?

DON MARTÍN

*Molesto.*

Hijo mío, con esas desconfianzas, no conseguiremos entendernos. ¿Qué sospechas? ¿Que son falsos los brillantes? Pues que te informe Bernal, que ha servido en una joyería. *Llamando.* ¡Bernal!

FERNANDO

¡Ah! Es cierto. Muy bien. *A BERNAL, que entra por la puerta del bufete.* Dígame, Bernal: ¿qué valdrían estos brillantes si fueran buenos?

DON MARTÍN

*Con una modestia de zorro.*

Ya me ha dicho a mí que son buenos.

FERNANDO

¿Y lo son, realmente?

BERNAL

Sí, sí. Claro. *Después de examinar la joya.* Es un collar de diez mil duros.

FERNANDO

Gracias. Puede retirarse.

*Se va al bufete Bernal.*

DON MARTÍN

*Con socarrona lentitud.*

¿Y ahora?

FERNANDO

*Después de mirarle con fijeza unos momentos.*

Ahora... no estoy escamado como antes.

DON MARTÍN

*Con aire de triunfo.*

¡Gracias al Santísimo!

FERNANDO

Ahora mi escama es mucho mayor.

DON MARTÍN

*Herido en sus ilusiones.*

¡Fernando!

FERNANDO

¡Ahora estoy admirado, espantado, absorto...!  
¡Un buen negocio por usted, cuya vecindad solamente es ya un negocio de los que arruinan...!  
Usted... ¡dándome dinero!

DON MARTÍN

¡Fernando!

FERNANDO

*Disparado.*

¡Si sus intestinos, convertidos en cuerdas, se pusieran en un violín, en cuanto los rozara el arco pedirían veinte duros!

DON MARTÍN

*Con la risa del conejo.*

Hombre, eso tiene gracia. Y yo, en teniendo gracia las cosas...

FERNANDO

Eso no tendrá gracia; pero es verdad. Y, siéndolo, ¿quiere que no me pisme al ver que me regala siete mil duros?



DON MARTÍN

*Con picardía.*

Seis mil.

FERNANDO

Es igual.

DON MARTÍN

*Fingiendo una graciosa confusión.*

No. Entiéndeme. Digo seis mil, porque mil... se quedarán entre mis manos.

FERNANDO

*Con el júbilo del que ve aclarado un enigma que le inspiraba miedo.*

¡Acabáramos! ¿Por qué me ha asustado usted, disfrazándose con una careta de ancianito virtuoso, en vez de lucir su cara de comerciante? ¡A lo suyo, a lo suyo con sinceridad, Talma!

DON MARTÍN

*Cínicamente.*

Pues a lo mío. Vengan las pesetas. El dueño del collar las necesita para pagar una deuda de juego esta misma noche.

FERNANDO

*Sacando dinero de la caja.*

Las pesetas. Quince billetes grandes. No tengo más. Mañana le entregaré los suyos.

*Toca el timbre.*

DON MARTÍN

Cuando quieras. Me fío de ti.

*Entra NINA por la puerta del pasillo.*

FERNANDO

Precisamente he llamado para que te avisaran porque me urgía darte otra prueba de lo cicatero que soy.

NINA

¿Tanto te he ofendido, rencoroso?

FERNANDO

Lo preciso para que te apedree con estos guijarros.

*Le entrega el collar.*

NINA

*Después de mirar rápidamente a don Martín.*

¡Ah!

FERNANDO

*Sorprendido.*

¿Ah...? ¿Nada más que ese "¡ah!" frío, después de lo que has escandalizado por unos pendientes de burguesita...? ¡Es un collar de diez mil duros lo que te da tu roñoso!

NINA

*Reponiéndose y corriendo hacia él.*

¡Pero como mi roñoso me ha avergonzado recordándome una ligereza...! Y como temo, además, que para vengarse de mí esté dándome una broma... Abrazándole. ¿No es broma, Nandito?

FERNANDO

No es broma.

NINA

*Emocionada.*

¡Qué lección, Fernando, qué lección!

FERNANDO

*Satisfecho.*

Pero mira la alhaja.

NINA

*Recobrando la alegría y mirando el collar, como si lo viese por primera vez.*

¡Ay, ay, Nandito...! *Repitiendo inconscientemente las palabras con que premió a Alfonso.* ¡Qué preciosidad! ¡Qué maravilla...! *Con el mohín galvanizador.* ¿Sabes que tienes muy buen gusto? *Por el collar.* ¡Admirable! ¡Es digno de una reina!

- FERNANDO -

¡Completamente asiático....! Y, qué casualidad: si no me equivoco, hay en la joya tantos brillantes como años has cumplido: veinticuatro.

NINA

*Un poco avergonzada.*

¿Si?

DON MARTÍN

*Como si terminase de contarlos.*

¡Justos...! Hombre, te ha salido una poesía y te voy a abrazar. ¡Eso es tener ideas delicadas y galantes...!

FERNANDO

*Rechazándole con blandura.*

Pero, maestro Talma, ¿todavía no se ha convencido usted de que no somos iguales? *A Nina.* No, hija, no. No merezco el galardón de que tú alabes mi buen gusto, ni la ofensa de que tu padre me quiera complicar en un jugueteillo cómico. No he elegido el collar, y si lo hubiera elegido, ni me hubiese pasado por la imaginación ese madrigal del número de años y de brillantes.

DON MARTÍN

¿Y qué has ganado con quitarle esa ilusión a tu mujer?

FERNANDO

No decir una mentira. Ya digo bastantes en el ejercicio de mi profesión. *A Nina.* Esta noche, cuando lo haya examinado mi joyero, te daré el collar. Es un negocio de tu padre. Lo vende un

amigo suyo en quince mil pesetas y me lo ha traído... con su cuenta y razón. Pero, así y todo, esta es la primera vez que me favorece mi señor suegro. Recibe esta confesión como otro regalo.

NINA

*Más admirada que avergonzada.*

¡Oh, qué papá este!

DON MARTÍN

Me defiendo, hija mía. *Con intención.* Cree que no trabajo por mí, sino por los demás.

*Entra FAUSTA por la puerta del pasillo.*

FAUSTA

*Presentándole una tarjeta a Fernando.*

Es del señor aquel... Le conocí y le he pasado a la biblioteca.

FERNANDO

Bien hecho. Que éntre.

NINA

Anda, papá. Hasta luego.

FERNANDO

*Dándole palmaditas en la diestra.*

Hasta luego.

*Salen por la puerta del fondo Nira y don Martín.  
Fernando mete el collar en la caja de caudales.*

FAUSTA

*Desde la puerta de la biblioteca.*

Tenga la bondad.

*Entra CORBACHO y Fausta sale por la puerta del pasillo. Corbacho viste decorosamente, pero sin elegancia. Está más flaco, y el lujo del brillantón ha desaparecido.*

FERNANDO

*Apretándole la mano.*

¡Dichosos los ojos!

CORBACHO

*Sonriéndose.*

¿De verdá...? ¿Se alegra usted de verme?

FERNANDO

¡Pues no he de alegrarme! Yo no soy ingrato. Venga aquí y siéntese y charlaremos... Porque supongo que usted vendrá a charlar con el amigo, no con el abogado. Un hombre de su listeza no puede necesitar al abogado.

CORBACHO

*Riéndose.*

Me figuro que “esagera” usted mi listeza.

FERNANDO

¿Modesto también?

CORBACHO

Franco nada más. Señor Urbina, riase usted de mí, porque no busco al amigo—ya que me hace usted el favor de llamarme amigo—, sino al abogado

FERNANDO

*Compadeciéndole sinceramente.*

¡Válgame Dios!



CORBACHO

No, no se asuste usted. Soy yo el que pide justicia.

FERNANDO

*Tranquilizándose.*

¡Ya me parecía a mí...!

CORBACHO

Es una cosilla de tan poca monta que, sin un tropiezo que me ha fastidiado, no molestaría a una celebridad como usted.

FERNANDO

*Con modestia.*

Déjese, déjese de celebridades y exponga su asunto.

CORBACHO

¿Ahora mismo...? ¿Dispone usted de tiempo? Yo volveré cuando a usted le convenga.

## FERNANDO

Para devolverme la cartera, ¿me hizo usted esperar...? Pues lo que me hizo esperar le haré esperar yo. Conque hable.

## CORBACHO

*Después de una pausa.*

Tiene usted aquí tanto como aquí. *Se refiere al corazón y a la cabeza.* Es usted un hombre. Y al grano. Por mediación de un amigo mío—burgués, no del “arte”, y persona muy decente—le alquilé un hotelito que me vendieron en la Prosperidá a un señor muy simpático y muy llanote, que se metió en la finca con su gente el mismo día que habló conmigo, para ahorrarse la fonda. A las dos semanas—porque yo no soy un casero de los que se divierten apremiando a las criaturas—le envié el contrato...

## FERNANDO

*Interrumpiéndole.*

Y no lo firmaría, ni pagaría luego.

## CORBACHO

¿Pagar...? ¡Se “choteaba” del que se atrevía a presentarle el recibo...!

FERNANDO

¿Y le demandó usted, o le va a demandar?

CORBACHO

Le demandé. ¡Pues si ahí está lo gracioso! ¿Qué se figura usted que me ha ocurrido...? *Riéndose.* ¡Ca...! No se lo figura... *Ahuecando la voz.* ¡Le han absuelto! Sí, señor. El juez dijo... ¿cómo dijo...? ¡Ah, sí! Dijo que poseía la casa en precario, y le absolvió, y—¡agárrese!—y me impuso a mí las costas. ¿No es un caso de brutalidad asombroso? *Se rie; pero la seriedad con que le mira Fernando acaba por cortar la risa.* ¡Caray! ¿No será un caso de brutalidad?

FERNANDO

Siento decirle que no. El juez, al condenarle, ha obrado con arreglo a la ley.

CORBACHO

*Estupefacto.*

¿Con arreglo a la ley? Pero, señor Urbina de mi alma, ¿hay una ley que reviente a los atropellados en beneficio de los que atropellan?

FERNANDO

Naturalmente. Se hizo para evitar atropellos; mas como la perfección no es un atributo humano, esa ley se vuelve contra los que debía amparar, si se descuidan, como usted. ¿Quiere que le dé un consejo...? Sacrifique el amor propio y ofrézcale quinientas o mil pesetas al petardista para que se marche y le deje en paz.

CORBACHO

*Asustado.*

¿Me lo dice usted formalmente?

FERNANDO

Por su desgracia, amigo mío.

CORBACHO

*Con indignación.*

Pero... ¡es increíble! ¿Cómo no he de triunfar teniendo la razón entera?

FERNANDO

¡Si triunfaría usted! ¡Claro que triunfaría! Pero después de unos viajes por el bosque jurídico,

que le costarían a usted, en dinero, unas cinco o seis mil pesetas, y en tiempo, unos tres años.

CORBACHO

*Cada vez más indignado.*

¡Es inicuo, afrentoso...! ¡En este país no hay justicia!

FERNANDO

*Sonriente.*

No, no tanto. La hay. Aunque sea algo lenta y algo torpe, la hay.

CORBACHO

¡Horriblemente torpe...!

FERNANDO

*Con afectuosa ironía.*

Vamos, no se queje de su torpeza.

CORBACHO

¿No me he de quejar...? ¡Linda justicia! ¡Una justicia que sólo sirve para proteger a los pillos...! Nada, que aquí, para defenderse regularmente... ¡hay que ser ladrón!

FERNANDO

*Con una punta de malicia.*

Cuando usted lo asegura...

CORBACHO

*Sonriéndose.*

No vale guasearse..., que ahora no soy podenco, sino liebre. *Con sinceridad.* Y que yo, créame usted, no he tenido nunca malos hígados. He trabajado cara a cara, exponiéndome, y jamás se me ha ocurrido que pudiese ayudarme un juez para que tardase una eternidad en devolver una cartera tomada en... en precario.

FERNANDO

*Riéndose.*

Admirable. Pero, ¿cómo un "artista" de su experiencia se dejó engañar?

CORBACHO

¿No le he referido que me recomendó al "frescales" una persona decente? ¡Una persona decente...! Por las personas decentes, que, con su competencia, nos traen de coronilla a los del oficio, me veo pegao a la paré. De cuarenta mil duros que había reunido a costa de trabajo y estudio

—porque también se estudia en nuestra clase—  
no me queda más que lo que valga el hotel, gracias a otro... caballero: Benítez, el del Banco Internacional, que me los empleó soberbiamente.

FERNANDO

*Con interés.*

¿Usted es otro de los estafados con las acciones de minas?

CORBACHO

Me da... no sé qué de confesarlo; pero, sí, señor. Yo soy otro. Me han hundido.

FERNANDO

¡A usted!

CORBACHO

Como si fuera un paleta. Ya he metido en "Peñaranda" hasta el alfiler. *Se refiere al de la corbata.* Pero no importa. Volveré al trabajo.

FERNANDO

¡Ah! Usted ¿no operaba ya?

## CORBACHO

Me retiré hará unos seis meses. Joven, con todas las facultades, como los buenos toreros. Y menos mal que no me he estropeao. Hoy mismo he vuelto a la pelea, y como un cazador he llegado hasta aquí.

## FERNANDO

*Con viva curiosidad.*

A ver, a ver... Refiérame eso.

## CORBACHO

Yo tengo una cuenta corriente en el Banco. De muy pocos duros, porque las "circunstancias" son mortales de necesidad. Pero, en fin, conviene tenerla y la tengo.

## FERNANDO

¿Y por qué conviene?

## CORBACHO

Para entrar sin que se fijen en uno. Yo, como un rentista, como un burgués, voy a sacar honradamente mi dinero... y sin prisa. ¿Que llega un señorito por dos, por cuatro o por veinte mil du-



ros...? Pues yo, aunque haya madrugao más que él y vea que se "aprosima" a mi ventanilla, le dejo pasar, y muchas veces, si no guarda la "pasta" en el bolsillo interior del chaleco, abandono mis asuntos por seguirle.

#### FERNANDO

¡Ah! El Banco para usted es un coto.

#### CORBACHO

Y, si no un coto, una finca donde no es difícil cazar. Bueno. Pues, hoy, pido tres billetes, me los dan y, en seguida, veo a un señor que coge quince mil duros, que los mete en la cartera, que se guarda la cartera en el bolsillo de la americana..., ¡sin abrocharse el botón!..., y que toma el portante. Figúrese usted, con lo enamorado que yo soy, lo que tardaría en chiflarme por aquella cartera y las ganas con que seguía a su propietario. Que, además, era un memo. Tan memo, que si no le hubiese obligado a abotonarse el gabán el gris que corría, allí mismo se queda sin el parnés. Pero se abotonó y tuve que contenerme. Salimos. Calle de Alcalá arriba, pim, pim, hasta el Ideal. Se convidó, me convidé, y luego, entró en una confitería de lujo, donde encargó varias cosas. De la confitería, hala, hala, a casa de Ansorena, donde compró una joya magnífica,

y de casa de Ansorena, pian, pian, a ésta donde usted vive, en la que se metió hace más de veinte minutos.

FERNANDO

¡Qué casualidad! ¿Entró aquí?

CORBACHO

Por eso he subido. Como no salía y como, es-perándole, me acordé de mi pleito...

FERNANDO

Es curioso. ¿Quién será el caballero de la cartera?

CORBACHO

No. Ya, para mí, el señor ese no es el caballero de la cartera, sino el caballero del collar.

FERNANDO

*Herido por un presentimiento*

¿Del collar? Pero, ¿no dijo usted...?

CORBACHO

*Sorprendido.*

¿Qué?

FERNANDO

*Conteniéndose.*

Sí. ¡Qué tontería! Dijo usted que compró una joya. El collar.

CORBACHO

Que es soberbio. No por lo que valga—que no valdrá arriba de diez ó doce mil duros—, sino por lo bonito que es. Yo me fijó mucho en las alhajas. Esa, que tiene veinticuatro brillantes, está en Madrí hace tres meses.

FERNANDO

*Después de una pausa.*

Dice usted que tiene...

CORBACHO

Veinticuatro brillantes. Me la sé de memoria.

FERNANDO

*Con un absoluto dominio de sus nervios.*

Es curioso. ¿Y quién será el caballero? ¿Me lo podría usted describir?

CORBACHO

Es flaco y tiene la estatura regular, los ojos mortecinos, la cara de lila...

FERNANDO

Sin barba, ¿eh?

CORBACHO

Sin barba.

FERNANDO

¿Con lentes?

CORBACHO

*Sorprendido.*

¡Ah! Pero, ¿le conoce usted?

FERNANDO

¿Muy gordos los cristales de los lentes?

CORBACHO

Bastante gordos. Quizás por eso me haya parecido á mí un lila.

*Fernando saca el estuche de la caja de caudales y se lo entrega abierto al carterista.*

FERNANDO

¿Es éste el collar?

CORBACHO

*Asombrado.*

¡Era para usted...! *Con precipitación.* ¡Conste que retiro lo de lila, si me he “colado”! *Por el collar.* El mismo. Cuente usted las piedras. *Riéndose.* Hombre, hubiera sido gracioso que otra vez yo...

FERNANDO

*Con la voz algo insegura.*

Sí, sí; hubiera sido gracioso. *Mirando el reloj.* ¡Caramba, cómo corre el tiempo junto a usted!

CORBACHO

Me voy.

FERNANDO

Ya sabe usted cuál es mi consejo

CORBACHO

Le aguardan a usted ahora, ¿verdá?

FERNANDO

Por fortuna. El bufete no está nunca vacío. Pero si quiere usted decirme algo más, hable. A usted le prefiero yo a toda mi clientela.

CORBACHO

Muchas gracias. Sí, algo más quería decirle; pero se lo diré cuando no le robe el tiempo. Mañana, que es domingo, vendré, si a usted le parece.

FERNANDO

Pues hasta mañana.

## CORBACHO

Hasta mañana.

## FERNANDO

Por aquí. Pase por el bufete. *Abriendo la puerta y dirigiéndose al escribiente.* Acompañe a este señor y venga en seguida, Bernal.

## CORBACHO

*Deteniéndose junto a la puerta.*

¡Las casualidades del mundo...! ¡Mire usted que hubiera tenido gracia...!

*Se rie jovialmente, ofreciéndole la diestra al abogado, que sonrie, y sale. Fernando recobra al punto la gravedad y se pasa las manos por la frente haciendo un gesto de angustia.*

## FERNANDO

Bueno. Ha volado el pajarín..., ó desea volar. *Se rie sarcásticamente, contemplando la joya, y la tira al fondo de la caja.* ¡Gentuza...! *Conteniéndose.* No, no, no. Calma. No perdamos la cabeza. Calma. *Entra* BERNAL. Bernal, no estoy para nadie.

BERNAL

*Retrocediendo hacia la puerta.*

Se lo advertiré a Leopoldo.

FERNANDO

Óigame, Bernal. Acérquese. *Después de una pausa.*  
¿Cuándo le enseñó mi suegro el collar?

BERNAL

Pues... hace una hora.

FERNANDO

¿Para que lo tasara?

BERNAL

*Indeciso.*

No sé... Pero, sí, claro. Para eso sería.

FERNANDO

¿No está usted seguro?

BERNAL

Si, naturalmente... Sino que... ¡como don Martín es tan aficionado a las burlas...! Yo le dije lo



que valía el collar; pero él, ahora lo recuerdo, no me lo preguntó.

FERNANDO

¿Es posible?

BERNAL

No, no me lo preguntó. Me lo enseñó para aleccionarme. Cosas de su genio. ¿Cómo fué? *Después de meditar unos instantes.* ¡Ah, sí...! Me dijo que la joya, aunque parecía un collar, no era un collar, sino una reala—que no sé lo que es—, y que las piedras, aunque parecían brillantes, no eran brillantes, sino galgos. ¡Justo! Galgos que iban a cazar una liebre.

FERNANDO

¡Ah...! Galgos, galgos... Muy bien. *Después de una pausa.* Va usted a hacerme un favor, Bernal. Espere un momento. *Cierra la caja, sale por la biblioteca y retorna inmediatamente con un sombrero y un gabán.* Usted sabe que hoy es el cumpleaños de mi mujer y que celebramos una bonita “cachupinada”. *Bernal hace un gesto benévolo de hombre que se ha colocado sobre el mal y sobre el bien y se sonríe.* He de

salir, de precisión, para un asunto urgente e importantísimo que me entretendrá toda la noche, y con objeto de que mi mujer no se oponga a que salga—que se opondría, como es lógico—me voy a ir sin que lo sepa nadie. Estará usted aquí media hora, para prohibir la entrada en el bufete. ¡A todos, Bernal!

BERNAL

Descuide.

FERNANDO

Y dentro de media hora, dirá usted que me he ido de Madrid. ¿Se ha enterado?

BERNAL

Sí, señor. Asunto urgente. Trabajo para toda la noche. Fuera de Madrid.

FERNANDO

Así es.

BERNAL

Hasta mañana, don Fernando.

FERNANDO

*Dirigiéndose a la puerta del bufete.*

Hasta mañana, Bernal.

FIN DEL ACTO SEGUNDO



## ACTO TERCERO

En la misma salita de trabajo.

**BERNAL** *escribe a máquina. Entra FERNANDO por la puerta del bufete, con el cuello del gabán subido y el sombrero puesto. Tiene el rostro encapotado y macilento, y sus ojos, enrojecidos, denuncian una noche de vigilia; pero habla con entereza y serenidad viriles.*

**FERNANDO**

Buenos días, Bernal.

**BERNAL**

Buenos días, don Fernando.

*Se levanta y le ayuda a quitarse el abrigo.*

**FERNANDO**

¿Cómo ha venido usted hoy?

BERNAL

Para concluir el escrito que me encargó.

FERNANDO

Gracias, Bernal.

*Oprime el botón del timbre.*

BERNAL

Di el recado a la media hora justa.

FERNANDO

Ya sé que usted es digno de confianza.

*Hay unos segundos en silencio.*

BERNAL

Si no me necesita...

FERNANDO

No. Márchese.

BERNAL

Buenos días.

FERNANDO

Buenos días. *Sale Bernal por el bufete, y momentos después entra por el fondo NINA. Fernando, que la oye entrar, pregunta, sin mirarla, creyendo que es la doncella.*  
¿Se ha despertado la señora?

NINA

*Avanzando hacia él vivamente.*

No, porque como no ha dormido en toda la noche... *Riendo, sin notar la tristeza de su marido. Pero*  
¿qué ha pasado, trapalón?

*Le va a abrazar, y Fernando la rechaza con alguna dureza.*

FERNANDO

*Con acritud.*

¡Quita!

NINA

*Asombrada.*

¿Qué tienes?

FERNANDO

*Con sequedad.*

Vas a contestarme a una pregunta, sin mentir.

NINA

¿Qué tienes, Fernando?

FERNANDO

Tengo deseos de que me contestes, sin mentir, a una pregunta.

NINA

*Alarmada.*

¿Por qué he de mentir? *A punto de llorar.* ¡Y no me mires de esa manera, Fernando...! No parece sino que me odias. ¿Qué te he hecho yo? ¿En qué te he ofendido?

FERNANDO

Si no fuese un patán, en nada; pero, como soy un patán, me has ofendido... ¡porque me subleva eso de que me engañe mi mujer!

NINA

*Rompiendo a llorar y dejándose caer en un sillón.*

¡Ay, Dios mío...! ¡Ay, Dios mío...! ¡Ay, Dios mío...!



FERNANDO

*Irónicamente.*

No, no, pajarín. Prescinde del refinamiento de tus gustos, y no des escándalos. Baja la vocecita. Y cuando termines de llorar te haré la pregunta. *Enciende un pitillo y pasea. Nina sigue llorando.* ¿Qué tal...? ¿Queda mucho?

NINA

*Llorando, entre apenada y colérica.*

Pero ¿en qué te he engañado...? ¡Di...! ¡Habla, explicate...!

FERNANDO

*Con frialdad.*

Cuando no llores.

NINA

*Con energía.*

¡Ya no lloro!

FERNANDO

Debes barruntar lo que voy a preguntarte. Ahí va: ¿Qué hay entre Alfonso y tú para que

consientas que te regale alhajas, a pesar de mi prohibición?

NINA

*Precipitadamente.*

¿Y quién ha dicho...?

FERNANDO

*Con altivez.*

¡No mientas! ¡Te delata tu propia mentira! ¡Alfonso te ha regalado el collar!

NINA

*Revolviéndose.*

¿Y es justa tu prohibición?

FERNANDO

¡Hola...! Ya no mentimos.

NINA

*Valerosamente.*

¡Es ridícula, es afrentosa tu prohibición...! ¡No es un cualquiera el que me ha obsequiado! ¡Es

mi primo! ¡Y eres tú el que injurias con unos celos vergonzosos!

FERNANDO

*Con soberbia.*

¿Celos...? No, hija mía. ¡Dignidad! ¡No permito que festejen a mi mujer y no tolero que mi mujer se burle de mí! Porque, de cuanto ha ocurrido, lo más grave, por su ruindad, es la burla.

NINA

*Trémula de vergüenza y de cólera.*

¡No es verdad! ¡Ni Alfonso ni yo sospechábamos lo que iba a ocurrir! ¡No supe lo que había hecho mi padre hasta que me lo dijiste tú delante de él! *Rompiendo a llorar.* ¡Yo no te hubiese engañado...! ¡Ni en eso ni en nada...! ¡Siempre me he resistido a mentir!

FERNANDO

Pero no a tapar las mentiras, y ese encubrimiento es peligroso. ¿Qué pudo acontecer anoche si yo no me hubiese ido...? Quedándome, ¿no me habría expuesto a olvidar que tú eres un pajarín, y tu primo un tonto y tu padre un... vie-

jo? Por fortuna, me marché, y hoy todo se puede arreglar sin ruido, con discreción... y hasta con elegancia. Dentro de unos minutos estará aquí Alfonso. *Oprime el botón del timbre.* Y antes le haré a tu padre unas súplicas con la elocuencia necesaria para que se digne atenderlas.

NINA

*Con abatimiento.*

¿Es indispensable?

*Entra FAUSTA por la puerta del fondo.*

FERNANDO

Es indispensable. *A Fausta.* En cuanto venga don Alfonso, hágale pasar aquí. Y ahora dígle al señor que le espero.

*Sale Fausta.*

NINA

*Suplicante.*

¿Qué vas a hacer?

FERNANDO

*Sonriendo irónicamente.*

¿No te he dicho que arreglar con elegancia las cosas? Anda. Déjanos. Por aquí. *Llevándosela*

*hasta la puerta de la biblioteca. Vete, vete tranquila.*

*Sale Nina y entra inmediatamente DON MARTÍN por la puerta del fondo.*

DON MARTÍN

*Con jovialidad.*

¿A que acierto para lo que me llamas? ¿A que es para ultimar nuestro asuntillo?

FERNANDO

Lo acertó usted.

DON MARTÍN

*Riéndose.*

¡Como si yo tuviese prisa o no me fiara de tí! Pues, paga, hijo, paga.

FERNANDO

*Después de mirarle unos segundos sin pestañear.*

Y usted, ¿pagó anoche?

DON MARTÍN

*Con magnífica sencillez.*

Claro. ¿No te dije que se vendía la joya para saldar una deuda de juego?

FERNANDO

¿Una deuda de quince mil pesetas?

DON MARTÍN

Exactamente.

FERNANDO

*Con lentitud.*

¿Y cómo, en su situación, se atreve usted a jugarse quince mil pesetas?

DON MARTÍN

*Con sinceridad.*

¿Yo? ¿Estás perturbado...? Las jugó el dueño del collar.

FERNANDO

¿Qué collar?

DON MARTÍN

*En tono de broma, pero oliéndose un peligro que le intranquiliza.*

Fernandito, hijo, no me manosees la peluca.

FERNANDO

*Acentuando la lentitud con que habla.*

Le interrogo no para manosearle la peluca, sino para saber a qué collar se refiere, porque a mí no me ha entregado ninguno. A mí me ha entregado usted unas piedras, que, aunque parecen brillantes, no son brillantes.

DON MARTÍN

*Sin caer en que Fernando repite palabras suyas.*

¿Que no son brillantes? ¿Y quién es el estúpido que ha dicho semejante imbecilidad?

FERNANDO

Usted.

DON MARTÍN

*Desconcertado.*

Nada, que está el día de chungá.

FERNANDO

Usted ha dicho, sin chungá, que los brillantes no eran brillantes, sino galgos.

DON MARTÍN

*Bien herido.*

¡Ah...! Te referías... *Reponiéndose instantáneamente.*  
Y te ha hecho gracia, ¿eh? *Riéndose.* Mis golpes.

FERNANDO

*Con la misma imperturbable frialdad.*

Galgos que iban a cazar una liebre.

DON MARTÍN

*Como sorprendido.*

¡Caray! ¿Añadí eso de la liebre? *Sonriéndose con un candor de monjita.* Son las bromas que le gasto al joven Bernal. ¡Buen chico!

FERNANDO

*Adusto.*

Una liebre... que soy yo.

DON MARTÍN

*Creciéndose ante el peligro.*

Que has sido tú, porque lo has comprado, y que habría sido otro, si no lo hubieras comprado



tú. Para esos perros del arte todo el mundo quiere ser liebre.

FERNANDO

*Con ironía.*

Ingenioso, caballero Talma. Le felicito; pero insisto en mi pregunta: En su situación, ¿cómo se atreve usted a jugarse quince mil pesetas?

DON MARTÍN

*Receloso.*

¿Otra te pego?

FERNANDO

Es que las ha perdido su señoría seguramente, ilustre Talma.

DON MARTÍN

*Volviendo a la gravedad.*

Me estás asustando. ¿Qué chifladura es ésta?

FERNANDO

*Sin alterarse.*

¿No las ha perdido...? Entonces no pretendía usted quedarse únicamente con los mil duros que

aún le debo, sino que contaba, además, con los tres mil que ya me ha estafado.

*Don Martín calla, anonadado por el golpe; mas no tarda en reponerse, y apela al tono digno.*

DON MARTÍN

Fernando, quiero hacerte el honor de creer que no has caído en el alcance de lo que insinúas.

FERNANDO

¿De lo que insinúo? ¿A qué le llama usted insinuar...? He dicho que me ha estafado usted. Y esto no es una insinuación: es una rotunda afirmación.

DON MARTÍN

*En tono heroico.*

¡Luego dudas de mi caballerosidad!

FERNANDO

*Precipitadamente.*

¡Oh, no! Eso no.

DON MARTÍN

*Victorioso.*

¡Ah!

FERNANDO

*Muy tranquilo.*

Yo no cometo la tontería de dudar de lo que no existe.

DON MARTÍN

*Irritado.*

¡Oiga usted, señor mío!

FERNANDO

*Con desprecio.*

¿Va usted a revelarme lo que pagó Alfonso por la reala?

*Don Martín, que padece durante unos segundos el martirio de la perplejidad, reacciona briosamente, deja el tono dramático para emplear el cómico y lanza una carcajada, como si le divirtiese de un modo enorme el descubrimiento de su travesurilla de estafador.*

DON MARTÍN

*Riéndose.*

¡Ah, que no le engañé, que no le engañé...!  
¡Ay, que no se la di!

FERNANDO

*Riendo también, pero sarcásticamente.*

¡Ay, que no me engañó!

DON MARTÍN

Ja, ja... ¡De listo a listo! ¡De maestro a maestro...!

FERNANDO

¡De abogado a bandido...! Ja, ja...

DON MARTÍN

*Como si el ataque le hubiese hecho una gracia extraordinaria.*

¡Ay, que se ha quemado y me dice bandido...!  
Pero la trampa, ¿no era magnífica...? ¡Confíesalo, hombre! ¡Sé magnánimo alguna vez! Y sé también franco, y di que te has reído.

FERNANDO

*Después de una pausa.*

Restitúyame usted las quince mil pesetas.

DON MARTÍN

*Dejando de reir de sopetón.*

El caso es que...

FERNANDO

*Con energía, pero sin acalorarse ni alzar la voz.*

Devuélvamelas. Le conviene a usted. Se lo aseguro.

DON MARTÍN

*Cultivando la farsa patética, para salvar lo estado.*

Es que... adivinaste, Fernando. En mi situación..., y quizás por ser tan precaria—y no trato de disculparme—he perdido en el juego quince mil pesetas... Ha sido una locura indigna de mi modestia. Por mi honor, por el tuyo, tenía forzosamente que pagar.

## FERNANDO

*Examinándole con curiosidad y repugnancia, como a un animal raro.*

Ahora no es usted Talma; es usted un bufón. Después de una pausa. No derroche las quince mil pesetas, que las va a necesitar. Ya sabrá para qué. Y... márchese.

*Entra ALFONSO por la puerta del pasillo. Luce otro gabán de pieles, un traje de chaquet y distintas alhajas, todas de mucho precio.*

## ALFONSO

*Risueño.*

Aquí me tienes. ¿Más rapidez? A don Martín. Salud, tío.

## DON MARTÍN

*Satisfechísimo de escaparse, pero hablando con displicencia.*

Os dejo. Siento marcharme; pero me aguardan en diez sitios.

*Sale por la puerta del pasillo.*

## ALFONSO

Adiós. Quitándose el gabán y sentándose cómodamente. Ea, venga de ahí.

FERNANDO

*Sonriente.*

¿Adivinas para lo que te he llamado?

ALFONSO

No es difícil. Para decirme algo muy urgente, puesto que me has llamado con tanta urgencia.

FERNANDO

*Con un gesto admirativo.*

Tienes verdadera penetración, Alfonso. Hay que hacerte justicia. Deduces portentosamente... y no es tan fácil deducir.

ALFONSO

*Convencido.*

Sí, en realidad... Pero habla.

FERNANDO

Tampoco es fácil hablar de lo que voy a exponer a tu consideración. Pero, en fin, la cosa es grave para mí, que soy el interesado...

ALFONSO

*Interrumpiéndole.*

Eso no. Con que a ti te interese, me interesa a mí.

*Fernando deja su sillón, levanta a Alfonso, que le mira sorprendido, y le abraza efusivamente.*

FERNANDO

¡Gracias, Alfonso! También estás dotado de verdadera sensibilidad. Hay que seguir haciéndote justicia.

ALFONSO

*Tan ciego para la ironía como un galápago.*

¡Caray, me adulas...! ¿Será porque...? Pero, no. ¡Qué disparate! Tú no adularías ni por el caudal de Creso.

FERNANDO

¡Ah! ¿Te has imaginado...?

ALFONSO

No, no. Sino que, como anunciaste una cosa de gravedad, y como las únicas cosas de grave-



dad son la salud y el dinero, y como tu salud es magnífica... Pero suelta esa cosa grave.

FERNANDO

Que, como no se refiere a la salud, según tu filosófica opinión, se referirá al dinero. Y se refiere al dinero. Aguarda un instante. *Saca un talonario de la caja de caudales, extiende un cheque y se lo da.* Toma, Alfonsito.

ALFONSO

*Asombrado.*

¿Qué es esto?

FERNANDO

*Con naturalidad.*

Un cheque. ¿No lo ves? ¿Es que te ha costado el collar más de cincuenta mil pesetas? *Alfonso, azorado, no responde.* Dímelo, no vaya a perjudicarte.

ALFONSO

¡Si no es eso...! ¡Si es que...!

FERNANDO

¿Qué? Concluye. *Después de una pausa.* No irás a decirme que no te corre prisa cobrar, para que yo te diga que siempre corre prisa pagar. Lo que nunca urge es adquirir estas ruinosas preciosidades. Y mira con qué facilidad hemos llegado a lo que me ha hecho privarte de dos horas de sueño matutino. Es una súplica, Alfonso. Esta: no nos protejas más.

ALFONSO

*Completamente desconcertado.*

Caramba, yo...

FERNANDO

Tú eres una criatura de muy buen gusto y a mí me conmueve que lo emplees en favorecerme; pero, avisando, para que sepa yo si mis recursos me permiten honrarme con tu protección.

ALFONSO

Es que...

FERNANDO

Ya sé lo que me vas a aconsejar: que no sacrifique los diez mil duros. No. Los sacrifico y

compro la joya, porque, cuando me manifestó mi mujer que habías tenido la galantería de traerla, contaba ya con lucirla..., y no la quiero contrariar por esta vez. Por esta vez, que..., ¡fíjate!..., es la última.

ALFONSO

*Arrojando el cheque sobre la mesa con súbita resolución.*

¡No! ¡No debo tomar ese dinero! ¡No es justo!

FERNANDO

*Con un leve matiz de amenaza.*

No seas bobo, Alfonso. Reflexiona.

ALFONSO

*Valerosamente.*

En ciertos casos es hasta feo reflexionar, ¡carámbolis! Y así, desmiento a Nina, y te juro que adquiri el collar para regalárselo. *Con energía.* ¡Para regalárselo, no para sacrificarte! ¿Cómo me voy a llevar tu dinero?

FERNANDO

*Con severidad.*

¿Y tú te imaginas que voy a consentir que le regales a mi mujer miles de duros?

ALFONSO

*Con medrosa precipitación.*

¿Y no es de mi misma sangre? ¿Y no autoriza el parentesco esa libertad?

FERNANDO

*Con dureza.*

¡Pero yo, no!

ALFONSO

Fernando... ¡que van a creer que estás celoso!

FERNANDO

*Burlonamente.*

Que "van". Bien, Alfonsito, bien. No has dicho que "voy", y eso pinta la finísima calidad de tu modestia. Bien.

ALFONSO

Porque yo rechazo semejante disparatón.

FERNANDO

*Con ironía.*

Bravo, bravo, Alfonsito. Mira, yo reconozco que tus corbatas son abrumadoras, que las rayas de tus pantalones son de una perfección casi divina y que la originalidad y la distinción de tus chalecos son inefables, y añado que, sin barba, estás arrebatador.

ALFONSO

Te puedes guasear.

FERNANDO

Gracias, por segunda vez, aunque no he de utilizar el permiso, porque no me guaseo. Reconozco tu absoluta, tu enorme superioridad; sé que tienes todas las condiciones precisas para que por ti falte una mujer a sus deberes—si el principal deber de una señora elegante no consiste en rendirse a un hombre como tú—, y, sin embargo, no me inspiras celos. Perdona.

ALFONSO

*Cortado.*

¡Pues tendría que ver, caray!

FERNANDO

Y no tengo celos, porque soy justo contigo y con mi mujer. Tú, con tus corbatas, con tus pantalones, con tus chalecos y con tu perfil seductor, todo ello temibilísimo, no eres más que lo que se llama familiarmente un pobre diablo.

ALFONSO

*Entre dolido y encorajinado.*

¡Me estás ofendiendo!

FERNANDO

*Con frialdad.*

Tal vez. Pero prefiero ofenderte calificándote de pobre diablo, a ofenderme a mí mismo atribuyendo, no a infelicidad, sino a villanía, tus asiduidades con mi mujer.

ALFONSO

*Acobardado.*

Si lo tomas así...

FERNANDO

*Después de una pausa.*

Decía que tú eres un pobre diablo, y agrego que un pobre diablo, por muy simpático que sea, no le puede quitar el sueño a ningún marido. Pero, ¿y si la esposa de ese marido es Nina? ¿No comprendes que mi mujer es todavía más de fiar que tú, porque contra la tentación dispone, no sólo del escudo de sus virtudes, sino de la montaña de hielo de su temperamento...? *Sarcástico.* ¡Oh, no! ¡No se enamorará la pobrecita!

ALFONSO

Entonces...

FERNANDO

Debo convenir en que en vuestras relaciones no hay más que un peligro... Tú me lo has señalado con tu reconocida bondad: el de que crean que estoy celoso. Y eso es precisamente lo que no puedo consentir. ¿Me entiendes...? Entiéndeme, porque, obligado por tu advertencia, voy a pedirte otro favor.

ALFONSO

Procuraré entenderte.

## FERNANDO

Y yo te ayudaré. Escucha. Si se dice que tengo celos, muchos hombres de bien y muchas mujeres honradas afirmarán que Nina y tú, puros como la propia pureza, sois víctimas de mi brutal extravío. Pero, ¿no habrá un malvado—aunque no sea más que uno—que os calumnie por odio a la virtud y sostenga que mis celos son razonables? *Después de una pausa.* Contesta. ¿Es falso este razonamiento?

## ALFONSO

No.

## FERNANDO

Pues, en nuestra sociedad, ese uno, el malvado, tiene más importancia que todos los otros, porque es el que muerde y envenena y deshonra. Y para que no crea que estoy celoso, te ruego... que no vuelvas por aquí.

*Hay unos instantes de penoso silencio.*

## ALFONSO

*Levantándose.*

De manera... que me despidas.



FERNANDO

Con profundísimo dolor.

ALFONSO

*Después de una pausa.*

No quiero discutir.

FERNANDO

*Con irónica efusión.*

¡Gracias, gracias por tercera vez, Alfonso!

ALFONSO

*Con despecho.*

Yo no seré responsable del escándalo.

FERNANDO

*Incisivo.*

¿De qué escándalo?

ALFONSO

*Achicándose.*

Yo venía aquí todos los días, y al retirarme sin motivo... sabe Dios lo que se supondrá.

FERNANDO

No te preocupes. Yo lo sé. No se supondrá: se afirmará. Se afirmará que te has molestado conmigo porque me he negado a seguir emporcándome con los litigios que dejó pendientes tu suegro, que son de una bellaquería estupenda.

ALFONSO

*Dolorido.*

¿Eso también?

FERNANDO

¿Cabe mejor pretexto? Y perdona que te abandone unos minutos. Voy a coger los papeles para que tú mismo te los lleves.

*Sale por el bufete y en seguida entra NINA por la puerta de la biblioteca.*

NINA

*Atropelladamente.*

¿Qué te ha dicho...? No he podido oír más que palabras sueltas... ¿Para qué te ha llamado? ¿Qué te va a dar?

ALFONSO

*Con rencor.*

¡Qué bárbaro!

NINA

¿Qué te va a traer?

ALFONSO

¡Mis papeles, hija! ¡Ha ido por mis papeles,  
para tirármelos a los hocicos...! ¡Habrá turco...!

NINA

*Colérica.*

Pero, ¿por qué? ¿Para qué te ha llamado?  
¿Qué te ha dicho?

ALFONSO

Pues la mar y los peces. Me da las gracias  
porque os favorezco poniendo a vuestro servicio  
mi buen gusto para elegir joyas, y después me  
pide que no le arruine eligiéndolas, y me entrega  
esos diez mil duros.

NINA

*Cogiendo el cheque.*

¿Y qué más?

ALFONSO

Rechazo el dinero, y se enfada; pretendo avergonzarle, advirtiéndole que van a creer que está celoso... ¡y nunca me ha empapado un chaparrón de filosofía igual! Y todo por tu culpa. ¡Sí, por ti! Para ¿que le has dicho que compré yo la maldita alhaja?

NINA

*Sorprendida.*

¡Ah...! ¿He sido yo la...? *Conteniéndose.* Bien, bien. Sigue.

ALFONSO

¡Con despedirme de ti para siempre...!

NINA

*Con asombro.*

¿Te ha echado?

## ALFONSO

Como a un perro. ¡Para que no nos calumnien!  
¡Toma ironía!

## NINA

¿Y ha podido imaginarse que tú...? *Con un desprecio y una ira que desconciertan a Alfonso.* ¡Ah! ¡Es increíble! ¡Es indigno...! ¡Ese caballero sospecha que yo no soy una mujer honrada... y lo pregona!

## ALFONSO

Ese caballero lo que pregona es que Dios te ha hecho de nieve. ¡De nieve! Pero bien me ha despedido por temor.

## NINA

*De un modo punzante.*

¿Por temor a que me trastornaras? ¿Y no le has replicado que no es tan grande mi estupidez? *Como si le regañase a un niño.* ¡Es decir, que has dejado que me denigren con suposiciones absurdas! ¡Y hasta te habrás enorgullecido de que, por miedo, te echen de esta casa! *Furiosamente.* ¡Pues no te irás! ¡Seguirás visitándome a diario! ¡No consentiré que se me haga la ofensa de temerte!

ALFONSO

*Atribulado.*

Repórtate, Nina.

NINA

*Como una fierecilla.*

¡Vendrás para que vean cómo te trato!

ALFONSO

¡Oh, es muy amable el proyecto! *Apenado.* Te ciega el egoísmo, Nina. Te ciega, y te hace olvidar lo que no debías olvidar.

NINA

*Con desdén.*

¿Tus payasadas?

ALFONSO

Mi seriedad, al decir que te quiero, ha sido siempre absoluta.

NINA

*Cinicamente.*

Pero yo nunca te he escuchado con seriedad.

ALFONSO

*Con una gravedad que no es conmovedora; pero que a él se lo parece.*

De manera que te he servido de diversión.  
Una pobre mosca... una araña que tiende su red...

NINA

*Como si fuese a llorar.*

¡Alfonso...! ¿No sabes que no puedo oír el nombre de ese bicho?

ALFONSO

*Con un desolador escepticismo.*

¡Mujeres, mujeres..! ¡El eterno femenino...!  
“¿Quién es ella?”, como preguntó aquel juez.  
*Con melancolía.* ¿Y para tratarme así me pediste que me afeitara?

NINA

*Enérgica.*

Bueno; suprime ahora las lamentaciones y vete.

ALFONSO

Es que tu marido está buscando mis papeles para entregármelos, y yéndome comería una incorrección. Se figuraría que le temo.

NINA

No. Se lo habrá figurado ya.

ALFONSO

*De un modo indeciso.*

¡Ah! Pues si se lo ha figurado...

NINA

¿Qué? ¿Vas a desafiarle...?

ALFONSO

*Desdeñoso.*

¿Por quién me tomas...? Con cien mil duros de renta ¿me iba yo a batir como un pelafustán que no tuviese más que el honor? ¡Vamos, Nina! Quería decir que, si se lo ha figurado, es inútil que le espere. Sobre todo, siendo absurda la suposición de que te intereses tú por mí. Repito tus palabras.

NINA

Y yo te felicito por tu buena memoria.

ALFONSO

Adiós, Nina.



NINA

Alfonso, adiós. *Sale Alfonso por la puerta del pasillo y Nina se acerca al bufete y llama. Fernando... Fernando... No busques más.*

*Entra FERNANDO.*

FERNANDO

No buscaba. Esperaba a que terminases de hablar con Alfonso.

NINA

*Desdenosa.*

¿Espíándonos?

FERNANDO

Con disgusto; pero era mi obligación.

NINA

Lo celebro, porque me ahorras explicaciones. Ya sabes lo que te voy a pedir.

FERNANDO

A punto fijo, no.

NINA

*Con agresividad.*

A ti no te cabrá el talento en la cabeza; pero, en esta ocasión, ¿para qué te ha servido el talento? *Despreciativa.* Ni siquiera para comprender que esta casa es tan mía como tuya, y que debo ser tan respetada en ella como tú.

FERNANDO

*Fríamente.*

Más.

NINA

*Con ardor.*

¿Por qué le has despedido entonces? ¿Para avergonzarme y humillarme? ¿Ese era el modo de arreglar las cosas sin ruido, con discreción y hasta con elegancia?

FERNANDO

*Imperturbable.*

Ese.

NINA

¿Y esperas que no me oponga?

FERNANDO

Esperaba que te opusieras; pero estaba seguro de vencer tu oposición.

NINA

*Irónica.*

¿Y aún lo estás?

FERNANDO

*Firme.*

Aún lo estoy.

NINA

*Con energía.*

¡Pues te juro que no consentiré que me atropelles! ¡Te lo juro, y te advierto que, como dueña que soy de mi casa, recibiré a quien se me antoje! Mientras te sea fiel, ¿con qué derecho me lo vas a impedir?

FERNANDO

*Con ironía.*

¡Ah! Pero tú ¿me eres fiel?

NINA

*Con indignación.*

¡Fernando!

FERNANDO

Si no hubiese más engaño que uno, el grosero que consiste en infamar al marido, tú no me habrías engañado; pero el adulterio no es el único: hay muchos más, y de casi todos me has hecho víctima. *Caldeándose poco a poco.* ¿Me has querido alguna vez con las entrañas? ¿Te han dolido mis dolores? No. Has sido junto a mí una mujer indiferente, ligera, desdeñosa, fría, sin ternura, vana... No de intimidad, sino de salón, de escaparate, de puro adorno.

NINA

Y tú necesitabas una de pura utilidad. ¿No es eso? *Con burlona acritud.* Una que te cepillase los trajes, que tomara las cuentas, que vigilara a los criados...

FERNANDO

¡No, no...!

NINA

*Con acerbidad.*

Una especie de ama de llaves, que envejeciera en su encierro mientras triunfabas tú y te divertías.

FERNANDO

Con mi conducta he demostrado sobradamente que no quería una esclava, sino una compañera.

NINA

*Con una risa de incomprensión más que de maldad.*

¡Ah! ¿Sí? Pues no lo he advertido.

FERNANDO

*Colérico y apenado.*

¿Cómo lo habías de advertir, si no me conoces? ¿Y cómo me habías de conocer, si aun no has empezado a querermie? Tú, ¿qué estudiaste en mí? Los chalecos y las corbatas, que te llamaron la atención por cursis. Pero nada más. Ni mis ideas, ni mis aficiones, ni mi carácter, ni si-

quiera mis defectos, han merecido que los estudios, y así, sorda y ciega para todo lo mío, te imaginas que debo conformarme con tu fidelidad, y, por serme fiel, te crees con derecho a hacerme odiosa la vida, sin comprender que tu fidelidad es la de un dolor, la de una herida, la de un daño incurable, porque no la engendra el cariño.

NINA

*Escandalizada.*

¿Estás loco?

FERNANDO

¡Estoy harto, y de puro harto, hablo con la misma sinceridad que si estuviese loco! *Procurando dominar su exaltación.* ¡Estoy harto de que mi casa sea el cuartel de mis enemigos, y de que sea cómplice o encubridora de esos enemigos mi mujer, que para ellos guarda las caricias y para mí las acritudes! *Con rencorosa energía.* ¡Pero esto se ha terminado! Desde hoy, mi casa, nuestra casa, será un hogar... ¡y en él mandaré yo! Y viviremos solos. Tus padres se las arreglarán con lo que yo pueda señalarles. Se acabó. Otra vida.

NINA

*Reprimiendo su furia.*

¿Y con esa otra vida no seré yo seca, ni vana, ni indiferente, y esto será un hogar?

FERNANDO

Con esa otra vida pondré yo los medios para que lo sea y para que te corrijas tú.

NINA

*Cada vez más alterada.*

¿A la fuerza?

FERNANDO

*Gravemente.*

No creo en la eficacia de la fuerza, y no la emplearé jamás. Confío en que reflexiones.

NINA

*Con iracunda precipitación.*

¿Y si no quiero reflexionar?

FERNANDO

*Fríamente, después de una pausa.*

En tal caso te dejaré en libertad absoluta de hacer lo que te plazca.

NINA

*Con la voz vibrante y con un gesto de victoria.*

¡Ah! ¡Eso varía, señor!

FERNANDO

*Acentuando desdeñosamente la frialdad.*

De hacer lo que te plazca; pero lejos de mí.

NINA

*Sin comprender todo el alcance de la afirmación.*

¿Lejos?

FERNANDO

Lejos. Ya que lo estamos espiritualmente, lo estaremos materialmente. *Después de una pausa.* Me iré de Madrid.



NINA

*Con incredulidad.*

¿Y el bufete?

FERNANDO

Y rompiendo lo que rompo, ¿lo necesito...?  
Con lo que me queda, rescataré el huerto que  
me perteneció y me dedicaré a cazar y a pescar.

NINA

*En un grito de rabia, egoísmo, dolor y desconcierto.*

¡Abandonándome!

FERNANDO

¿Y la ley? Un hombre de mi oficio ¿la puede  
olvidar...? No te abandonaré. Con arreglo a la  
ley, te pasaré alimentos, y, dada la cuantía de mi  
caudalillo, dispondrás de... de unas cien pesetas  
mensuales.

NINA

*Rompiendo a llorar con desesperada cólera.*

¡Qué infamia, qué infamia, qué maldad!

FERNANDO

*Con una risa despreciativa.*

Pobre mujer.

NINA

*Llamando.*

¡Papá...! ¡Papá...! *Con una excitación indescriptible*  
¡Qué ruin...! ¡Qué malo...! Porque no soy su criada,  
porque no tengo un corazón mezquino... ¡querer  
arruinarme, hundirme! *Llamando, entre sollozos.*  
¡Papaíto...! ¡Papá...!

*Sale por el pasillo.*

FERNANDO

*Después de unos segundos de dolorosa meditación.*

¡Y a mí no me había dicho infame ni la gente  
a quien le hice perder sus pleitos...! Y he vivido  
solo, sin que me torturase ningún pajarín con su  
estupidez y sin que ningún bandolero me robara,  
llamándome, encima, hijo...

*Entra FAUSTA por el pasillo.*

FAUSTA

Ahí está el señor que espera usted.

FERNANDO

Diga que no estoy. Que vuelva mañana.

FAUSTA

Es que ya...

FERNANDO

Bien. Que entre. Es lo mismo.

*Sale Fausta. Retorna segundos después, precediendo al timador, y se retira cuando entra CORBACHO.*

CORBACHO

*Sonriendo.*

Estas no son horas de presentarse en ninguna casa.

FERNANDO

*Sonriendo también.*

No se preocupe.

CORBACHO

*Apretándole la diestra.*

Es que me ha parecido que por la mañana le importunaría menos. Por la tarde saldrá usted.

FERNANDO

*Con amabilidad.*

Sí. Bien pensado.

CORBACHO

Pues si no le molesto...

FERNANDO

Al contrario. Me distraeré oyéndole, y no recordaré cosas que me preocupan.

CORBACHO

¡Si todas las preocupaciones fueran como las de usted...! Las preocupaciones del hombre feliz.

FERNANDO

*Con una finísima ambigüedad en el tono y en el gesto.*

Sí, efectivamente...

CORBACHO

En cambio, las mías... Ellas me traen aquí, y por ellas voy a hablarle, aunque no sé ni cómo empezar, porque yo, fuera del terreno de los "artistas", soy más corto que una criatura.

FERNANDO

Deseche, deseche la cortedad.

CORBACHO

Usté sabe que estoy en la ruina. No me queda nada. Ni el hotel, porque se lo está comiendo el gusano de una hipoteca. Mi único recurso es trabajar en grande. Pero ¿se principia a trabajar en grande cuando se quiere...? ¡Nisperos del Japón! ¿Y qué hace uno, si uno no ha tirao la dignidá y no empuña el sable aunque lo emplumen? ¿Y qué le espera a uno si recauda viento, como a mí me

ha pasado hoy? ¿Quiere usted decírmelo? ¿Se me podrá criticar si me convierto en un indecente?

FERNANDO

*Con levísima ironía.*

En el mundo se entiende la decencia de tantos modos...

CORBACHO

También es verdad. Pero siempre no va a estar uno en poeta. Yo admito lo del Padrenuestro, que es hermosísimo. Aquello de "y perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores". Pero ¿vamos a perdonar a nuestros deudores, si el único acreedor que nos perdona es Dios...? ¿No sería eso una primada?

FERNANDO

Indudablemente.

CORBACHO

Y dígame, no el amigo, sino el abogado: ya que debemos cobrar lo que nos adeudan, si la

deuda es moral y no material, ¿cabe la reclamación? No ante la justicia. ¡Claro! Me refiero a una reclamación amistosa.

FERNANDO

Según. Si el deudor reconoce la deuda...

CORBACHO

Vamos a verlo. Cuando yo le devolví a usted la cartera, cobré el trabajo que me había costado quitársela. De modo que la deuda de dinero se saldó. Pero ¿y las demás?

FERNANDO

*Sorprendido.*

¿Cuáles?

CORBACHO

*Sonriéndose.*

Sin los billetes que le restituí, ¿sería usted lo que es hoy?

FERNANDO

*Sinceramente.*

Quién sabe. Quizás no.

CORBACHO

Sin quizás, caramba. No sería usted lo que es, porque no habría estudiado lo que ha estudiado, ni tendría la posición que tiene, ni viviría como un hombre dichoso, puesto que donde no hay harina no hay felicidad. De manera que me debe su matrimonio y su felicidad.

FERNANDO

*Haciendo el mismo gesto que si le hubiese mordido una víbora.*

¡Mi matrimonio...!

CORBACHO

*Que toma el gesto por una negación.*

¿No?

FERNANDO

*Contemplándole con una antipatía que casi llega a la aversión y que procura disimular con sus palabras.*

Es verdad. No había yo caído en que le debo



mi matrimonio; en que, sin usted, es posible que no me hubiera casado... *Con mucha dulzura en la voz, pero con una centella en cada pupila.* Porque usted ha sido, indudablemente, el autor de mi felicidad.

CORBACHO

*Algo emocionado.*

No sabe usted lo que me alegra el que lo reconozca.

FERNANDO

Sin su acción... no sé cómo calificarla...

CORBACHO

*Satisfechísimo.*

No tendría usted este hogar, este nido... Sería usted un infeliz sin familia.

FERNANDO

*Fusilándole con los ojos.*

Cierto Yo sería uno de esos infelices que no tienen familia... Y gracias a usted, a su generosidad, a su rasgo... tengo familia.

CORBACHO

No, no lo hice por generosidad. Me dió una corazonada...

FERNANDO

*Interrumpiéndole.*

Y ¡pum! cometió usted la mala acción.

CORBACHO

*Con asombro.*

¿La mala acción?

FERNANDO

*Con una frialdad incisiva.*

Dentro de su oficio, sí. Usted obró con la magnanimidad de un filántropo; pero usted no es un filántropo, sino un carterista, y la primera obligación de un carterista consiste en guardarse el dinero que "distrae".

CORBACHO

*Desconcertado.*

¿Es que ya no se acuerda usted de la carta?

FERNANDO

Me acuerdo de la carta.

CORBACHO

¿Y no merecía que me portase yo honradamente?

FERNANDO

¡Bravísimo...! ¡Honradamente! Ya salió aquello, para que no se olvide que estamos en la noble España, donde hasta las malas mujeres presumen de pudorosas y hasta los timadores—perdóneme usted—de honrados. ¡Pues no, señor! Como carterista—se lo vuelvo a decir—no procedió usted honradamente. Para un carterista, lo honrado es limpiar bolsillos con primor y echar el alma por la boca antes que restituir un céntimo.

CORBACHO

*Entre molesto y sorprendido.*

Pero eso es una burla.

FERNANDO

¡Cómo una burla! ¿Usted se imagina que el concepto de la honradez se puede considerar

como una barra de bronce? No, hijo. Es una barra de cera y se presta a que le saquemos punta y a que la convirtamos en una pelota. Si yo, cuando voy a defender a un criminal, dijera: "Señores jurados: ese hombre es un bandido que merece la horca", como caballero procedería honradísimamente; mas, como abogado, me deshonraría.

CORBACHO

¡No es igual!

FERNANDO

Sí es igual.

CORBACHO

*Con firmeza y modestia.*

Mire usted, señor Urbina: yo no tengo ilustración para discutir con usted, y no hay mucho mérito en que usted, con su labia, me haga un taco; pero de masiado bien sabe usted que la razón está de mi parte, porque, se tire para donde se tire, lo bueno siempre es bueno.

## FERNANDO

Cuando no es malo. ¿Cuántas veces no nos lleva el camino del bien a los senderos del mal? Una buena obra es favorecer con dinero al que no lo tiene, ¿verdad? Pero si el favorecido se envicia con ese dinero, y pierde el hábito del trabajo, y acaba por ir a presidio o por suicidarse, ¿en qué se convierte la buena obra?

## CORBACHO

¡Ah! Pero...

## FERNANDO

*Interrumpiéndole.*

Pero, ¿qué? ¿Cree usted que cosas así no ocurren nunca? Pues con frecuencia grandísima ocurren, amigo mío. Y, al contrario, en muchas ocasiones los senderos del mal nos dejan en el camino del bien, ya que, a veces, lo que nos debió dañar nos beneficia. Figúrese que está durmiendo en un pinar, que pasa un malvado que le odia y que, traidoramente, a mansalva, le dispara su revólver. ¿Es una vil acción?

## CORBACHO

Infame.

FERNANDO

Pero, ¿y si al pasar ese malvado iba a morderle a usted una víbora y el tiro, que no le hirió, evitó, despertándole, que le mordiera?

CORBACHO

*Con ingenuidad.*

Conforme. Podría suceder. Pero, poniendo así las cosas, ¡debíamos apalear a los que nos ofrecen dinero, por granujas, y abrazar a los que nos "osequian" con balazos, por caritativos!

FERNANDO

¡Quién sabe!

CORBACHO

*Algo violento.*

En fin, de todos modos, lo que le iba a decir se me queda en el buche.

FERNANDO

*Esforzándose por parecer afectuoso.*

¿Y por qué razón? ¿Es pecado generalizar...? Vamos, diga. ¿Es que quiere que tome por mi cuenta lo del hotel?

CORBACHO

*Con súbita resolución.*

¿Dar dinero yo, que venía por dinero?

FERNANDO

*Con frialdad.*

¿Por dinero?

CORBACHO

*Digno.*

Por dinero. Y no me tome usted por un sablista. Yo no le hubiese molestado por mí. Vivo con poco y ese poco no me ha de faltar, porque trabajo, y Dios ayuda al que trabaja. *Con la diestra sobre el corazón.* Pero cuando éste se emperrea, le obliga a uno a hacer cada papelito...

FERNANDO

*Refiriéndose al corazón.*

Pero, ¿habla usted por ése?

CORBACHO

Por éste, que, como un día le trajo a usted la felicidad, hoy se la venía a pedir.

FERNANDO

*Con vivísimo interés.*

¿Qué es eso de la felicidad...? ¿Piensa usted...?  
*Desechando sus esperanzas.* ¡No es posible!

CORBACHO

*Con una punta de acritud.*

¿Qué no es posible? ¿Que me case yo? ¿No soy yo un hombre como los demás?

FERNANDO

*Disimulando su infernal alegría.*

¡Como el primero! ¡Perdone usted! Pero es tan extraño... ¡No, dispense! Es tan... ¡tan providencial, justo! Es tan providencial la coincidencia, que... que me ha atolondrado, vaya. *Restregándose las manos.* ¿Qué necesita usted?

CORBACHO

*Timido.*

Pues yo...

FERNANDO

Sin cortedad, o me molesto. Estamos entre amigos.



## CORBACHO

Es que... si se tratara de una muchacha humilde, con unos durillos me arreglaría; pero se trata de la hija de un comerciante que fué millonario y que, por generoso, quebró...

## FERNANDO

¡Ah! ¿Sí...? Y ella, naturalmente...

## CORBACHO

*En plena locura amorosa.*

Ella es lo que no se ve. Un encanto, una monada... Fina, elegante, una verdadera princesa. ¡Hasta se pinta las uñitas...!

## FERNANDO

*Estallando de satisfacción al ver el abismo en que va a precipitarse el petardista.*

Pero, entonces, ¡la señorita es un divino pajarín, y, por lo tanto, ha encontrado usted un tesoro!

## CORBACHO

*Riéndose.*

¡Un pajarín, sí! ¡Eso es! No parece sino que la trata. Y figúrese lo que padecerá un pajarín en

la miseria. ¡En la más negra miseria! Con decirle que no pueden ni pagar la casa... Ayer mismo, el padre, un caballero tan orgulloso como el padre, consintió...

FERNANDO

*Quitándole las palabras de la boca.*

¡Que le prestase usted unos cuartos! ¡Oh! ¡Es providencial!

CORBACHO

Así fué. Y la madre...

FERNANDO

*Deshaciéndose de gusto.*

Pero, ¿también tiene madre? *Con un júbilo demoníaco.* ¿Y cómo es? Imponente, ¿no...? La esposa de un ex millonario y la madre de un pajarín, no es posible que sea una pobre mujer.

CORBACHO

*Lleno de admiración.*

¡Quite! ¡Otra verdadera princesa! Con una distinción y un señorío...

FERNANDO

*Con la alegría del cazador que ve en la red al pajarillo.*

¡Oh, oh...! Entonces, no me cabe duda, vivirán ustedes en el hotel..., donde habrá algunos frutales.

CORBACHO

Hay algunos. Pero no comprendo...

FERNANDO

Ya, ya comprenderá. Y ahora, al grano. ¿Qué le hace falta?

CORBACHO

Pues, tratándose de unas personas de tanto "postín", yo calculo que con menos de tres mil pesetas...

FERNANDO

¿Tres mil pesetas...? ¡Quiá, hombre! Tres mil pesetas se irían en un soplo, sin permitirle llegar a la boda, y usted... ¡usted se casa!

CORBACHO

*Conmovido.*

Señor Urbina...

FERNANDO

¡Usted sé casa por mí, como me casé yo por usted, para que su felicidad sea obra mía, como es obra suya mi felicidad! *Hablando mientras extiende un cheque.* Saldo esta deuda moral devolviéndole la misma moneda que me entregó.

CORBACHO

Don Fernando, le debo a usted...

FERNANDO

*Atajándole*

Lo que yo a usted. *Dándole el cheque.* Tome. Mil doscientos duros. ¡Y nada de gracias! Ande, ande con su pajarín.

CORBACHO

Es usted de oro, don Fernando.

## FERNANDO

*Empujándole cariñosamente.*

Ande, ande con su pajarín. *Sale el petardista por el pasillo y Fernando le ve alejarse.* ¡De oro...! ¡De oro, y, por mi culpa, si no tiene la suerte de que le cojan hoy o mañana y le metan en la cárcel, está perdido...! ¡Señor, perdóname este crimen... y apiádate de ese infeliz!

FIN DE LA COMEDIA















